La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 19 de octubre de 1891 — Núm. 512

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSUEÑO, busto en bronce de D. José Llimona

(Fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª - Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Suicidios en las altas clases sociales durante la época actual. – Consideraciones acerca del suicidio en general. – El espiritualismo y el materialismo. – Síntesis histórica de hombres célebres que apelaron al suicidio. – Muerte de Catón. – Influencia de la elevación de ideas y sublimidad del pensamiento en desprecio de la vida material. – Inmortalidad de Catón – Fundación del imperio de Pompeyo é institución del cesarismo. – Secretos del porvenir con motivo de los suicidas Parnell y Boulanger. – Conclusión.

I

¿Cuál soplo de aire ha enloquecido á este nuestro mundo culto? Las gentes que ocupan las alturas sociales son en bien escaso número; y sin embargo, se precipitan desde lo alto en la muerte con increíble frecuencia y en mucho número. Ayer suicidio del rey Luis en Baviera y suicidio del archiduque Rodolfo en Austria; hoy suicidio indirecto de Parnell en Irlanda con suicidios directos de Balmaceda en Chile y de Boulanger en Bruselas. Así las crónicas europeas no se cansan de disertar sobre la muerte voluntaria y de aducir cuantos raciocinios en pro y en contra de tal acto se han aducido en la Filosofía y en la Historia. Dos aserciones flotan sobre los tópicos vulgares: primera, que no hay acto demostrativo de la libertad humana como el suicidio y que no hay acto como el suicidio demostrativo del valor de nuestra especie. Quien puede contrastar el más imperioso de los humanos instintos, el deseo de la propia conservación, y combatirlo hasta vencerlo, puédelo todo absolutamente sobre sí mismo. No habréis visto, digan cuanto quieran los materialistas empeñados en rebajar la humana especie hasta embrutecerla y elevar las especies inferiores hasta humanizarlas, no habréis visto ningún animal suicida. Se mueren muchos de ciertos afectos indudables en ellos; no se mata ninguno. Además, hay que concluir con el tópico desacreditado que atribuye á cobardía el suicidio. Cuando nuestros músculos y nuestras fibras huyen á la menor contrariedad con horror verdadero por un impulso indeliberado é inconsciente, reaccionar la voluntad sobre tal empuje soberano y fortalecerla en términos de avasallar y someter á su mandato la fuerza vital, parece sobrehumana victoria. No debe aplaudirse, no, el suicidio como un acto de moral, es un verdadero crimen; pero no hay que calificarlo de acción cobarde, es un verdadero martirio. En verdad, como hay temperamentos, el atrabiliario, el pesimista, el melancólico, por ejemplo, propensos al suicidio, hay épocas las cuales con su sentimiento general y hay doctrinas las cuales con sus ideas propias lo favorecen y lo alimentan. No he podido, no, dominar un escalofrío al ver en las vulgares líneas denominadas por Boulanger su testamento político una siniestra invocación á la nada. Nuestro materialismo al uso, extinguiendo el espíritu extingue la esperanza. Y no debe maravillarse, no, si ante los estragos de sus asoladoras creencias una reacción espiritualista sobreviene ahora en Europa y domina el ánimo general. De cualquier manera, los eruditos y los moralistas aprovechan la triste coyuntura para disertar sobre la muerte voluntaria en este mundo y la inmortalidad espiritual y corporal en el otro. Y mientras unos oyen los ecos de un *Dies iræ* que les anuncia estridente la nada eterna, oyen otros las regocijantes aleluyas de Pascua que les anuncian la eterna resurrección. Así pasan en periódicos y revistas los nombres, más ó menos célebres, de aquellos que han llamado á la muerte sin aguardar á que la muerte los llamase á ellos. Y se recuerdan hoy con tal ocasión y motivo, no solamente los suicidios individuales, también los suicidios colectivos, y con los suicidios tanto individuales como colectivos las doctrinas que los han aconsejado y mantenido en la religión y en la ciencia. El bracamán, inmolado voluntariamente á los dioses por propia mano; el gimno, sofista fenecido dentro de hoguera por él atizada en voluntario sacrificio; el estoico Zenón, tragándose la lengua y atragantándose hasta morir ahogado por ella; Sócrates y Demóstenes, muertos después de haber visto su Atenas concluída en la triste rota de Queronea; Catón, huyendo por la espada de la Roma sierva, y Bruto, rogando á su doméstico que lo mate para separarse de Filippos, donde la libertad sucumbía nuevamente, por las manos y no por los pies; los césares, que han preferido la muerte al destronamiento; los soldados católicos, que han opuesto el pecho á las armas enemigas para morir antes que ver su rota; Rousseau, despojándose de su cuerpo gastado como de una inútil armadura; madame Rolland, yéndose de este teatro del mundo por parecerle triste y odioso el espectáculo; Byron, buscando un sepulcro de dios en el marmóreo suelo de Grecia, resucitan á los ojos de todos y nos dicen cómo se han su muerte anticipado contra los impulsos de la propia conservación y cómo se han precipitado de cabeza en el abismo de la eternidad antes de que lo permitiera y lo decretara el Eterno. Pero una vida tan corta como la vida humana y una muerte tan segura como nuestra muerte nos enseñan que hay un grandísimo extravío en burlar al tiempo tan voraz é impaciente de suyo y en buscar el triste olvido cuando con tan grandes facilidades el triste olvido se halla en el seno mismo de nuestra poblada sociedad. Yo he contemplado muchas veces la más bella muerte voluntaria que guarda en sus anales brillantísimos la gloriosa historia clásica, ó sea la muerte de Catón. Quizás no hay ninguna tan solemne por sus accidentes y tan sublime por sus impulsos, perpetrada en momentos de una legítima desesperación, tras el vencimiento definitivo de la libertad y el triunfo definitivo de la tiranía. Bien al revés del antiguo poeta del materialismo, quien se mata en prueba de que profesa las ideas materialistas cantadas en su poema, Catón se mata en prueba de su espiritualismo, en prueba de que no necesita ya el mundo esclavo su inútil presencia y de que le aguarda en otro mundo más hermoso y mejor la segura inmortalidad. Contemplemos á Catón por haber en su vida y muerte grandiosas enseñanzas. Rota la república, resolvióse por completo á matarse.

II

Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo, si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El, que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternales del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente de una eterna claridad. Dos filósofos de Grecia le acompañaban en aquel trance, de los cuales pertenecía el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Hibla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supraesencial substancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno, que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueven, notas superiores á ella misma; tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las obscuras cosas en el fuego celeste, y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento, y por las ideas esclarecemos el universo material, y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incomunicables arquetipos, de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad media, no superó en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

III

Tras estas reflexiones manifestadas en banquete parecido á los banquetes platónicos, apartóse con serenidad el austerísimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes, miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuesta vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba; pero no venía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaron el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo tras un corto rato que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oir esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensidad de su desesperación para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmolación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con acto de suyo

tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte. Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas adonde acababa de llegar, ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jovenes, para entrar como él en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido, requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros, hubiérase conmovido y ablandado. Catón el estoico apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con ímpetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había hecho con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en la beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo, por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo. La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resignación y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaran dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las dos obras posteriores de la civilización, el cristianismo y el derecho.



TIPO DE UN RADJPUTA. (De una fotografía.)

IV

Sabemos que matándose Catón salvó su propia honra; pero no sabemos de modo alguno si viviendo hubiera salvado la república. Lo cierto es que no estuvo la causa del Senado y del Parlamento después de Farsalia y Utica tan en la desesperación y el abandono como creyera su austero mantenedor. Todavía los hijos de Pompeyo aterraron de tal suerte al dictador en los campos de Munda, que creyó perder la vida, y si no perdió la vida perdió la cabeza en términos de impeler el patriciado á inmolarlo en la Curia junto á la caída estatua de Pompeyo. Todavía los republicanos reunieron fuerzas tales que hubo menester el heredero de César una fuerza incalculable y una batalla cruentísima para destruir los últimos res-

CUARTETO DE HAMBRIENTOS, cuadro de Julio Adam

tos de la libertad y fundar el Imperio. Todavía los hechizos de Cleopatra separaron del partido augustal á un hombre como Antonio, y se necesitó una batalla por mar tan terrible como la batalla de Accio para establecer una institución de suyo tan difícil como la institución del cesarismo. Si Catón se hubiese con los hijos de Pompeyo encontrado en Andalucía; si con Bruto y Casio cuando el fin y término de César en la Curia; si contra el dictador Augusto en la batalla de Filippos, ¿qué hubiera sucedido? La historia muy avaramente guarda secretos tales, y contentémonos con saber lo que sucedió de veras, sin meternos en averiguaciones de lo que hubiera sucedido de atravesarse tal ó cual caso. Lo cierto es que ante los restos de un suicida indirecto como Parnell y los restos de un suicida directo como Boulanger, todavía flota la esperanza. La victoria de Irlanda, muy próxima, hubiera consolado al uno, y quizás un sacrificio en la guerra inminente rehabilitado al otro.

Dios es como el sol: aunque parezca que se va y se pone, brilla en el cielo eternamente. Creedlo.

Madrid, 13 de octubre de 1891.

EL CALDO GORDO

¿Por dónde me presentaría yo si tuviera con qué presentarme? ¿Por dónde saldría diputado? No soy hombre de salidas, pero confieso que esta sería una salida con entradas. Presentarse... ¿y por qué no? ¿Ha de negárseme el derecho que á todo *quisque* se concede? Yo me presento, tú te presentas, etc. Esto de gastar distrito es cosa así como gastar gabán de pieles ó gastar coche, que son ya de uso universal como el sufragio.

La casa en que yo por casualidad vivo cuenta media docena de candidatos á las próximas elecciones. Piso principal, el hijo de un senador vitalicio que á título hereditario recibirá la representación que antes papá ostentó por el distrito de Serones, aunque hay duda si el chico será presentable, porque acaba de cumplir 17 años. Piso segundo, un abogado joven, pasante de un ministro, calidad con la que es seguro que el pasante pasará al banco de la obediencia. Cuarto tercero, un zurupeto de la Bolsa con ínfulas de agente, que tiene dinero largo é improvisado y acaba de afiliarse á la política del día. Cuarto cuarto y sin un cuarto, un servidor de ustedes, según mi tarjeta de presentación:

SERAPIO RASPALODOS Y CHANCLETE

Caballero de Gracia, 65

Los otros dos candidatos son de puerta de calle: dos industriales de la casa, almacenista de curtidos y fabricante de corsés, que aspiran á la elección de concejales por lo popular y nutritivo que les parece el cargo.

Penetradas las inocentes pretensiones de Raspalodos, hay que reconocer las circunstancias y condiciones que reune para representar al país: primera, que vive sobre él; segunda, que nadie sabe de dónde viene ni adónde va; tercera, que tiene tupé bastante para llegar donde llegue el más osado y decidido vividor.

Raspalodos viste muy bien, aunque pague peor; es lo que se llama en *gringo* un *sportmán;* habla el español y el italiano, que aprendió cuando era cantante de afición; trata á todo el mundo de tú por tú y es admitido y llevado en palmas en la sociedad llamada de la *g* y la *f*, que no le pregunta quién es, ni dónde recibió la primera sal, ni si sabe tirar al sable ó de la oreja á Jorge, bastando á la opinión pública saber que Serapio es persona muy agradable y además de agradable periodista *reporter* é individuo de varios círculos y que ha hecho el amor (frase hecha también) á marquesas y condesas con algún éxito.

¿Pero quién le apoya? El partido de coalición individualista-regenerador-progresivo, como á uno de sus fundadores.

Cazando un día en el monte de Valdezopenca, le interrogó Nicodemus, el más osado de aquellos caciques:

– Me han dicho que viene usted á cazar perdices y votos. ¿Es que va usted á presentarse?

– De eso trato. ¿Qué les parezco á ustedes?

– Todo un caballero, y si nos entendemos...

Al siguiente le interpelaron los más avanzados de la cernicalería electoral:

– ¿Es usted anarquista?

– Como ustedes quieran.

– ¿Y qué es anarquía?

– Que todos los pobres se conviertan en ricos.

– ¿Y los ricos en pobres?

– No, hombre, en millonarios.

– Pues eso nos acomoda.

– ¿Usted será hombre de arraigo en alguna parte?

– Sí, allá bastante lejos.

– ¿Y oficio?

– Varios: ingeniero, artista, crítico...

– ¿Y cuenta usted con elementos por aquí en esto?

– Sí, con los cuatro... y con simpatías, porque el primo de una cuñada de mi padre fué aquí Promotor fiscal el 76 y trabé relaciones con el alguacil del juzgado y con otros muchos sujetos no menos dignos.

– Algo es algo. Pero el alguacil ese se llamaba Marcoleta y murió.

– Por eso cuento ahora con ustedes.

– ¡Famoso!; pero ha de comprender usted que ya pasaron los tiempos en que los electores éramos unos bobalicones; ahora somos gente *obstruída* y no borregos de *Panduro*, dijo el secretario del municipio, como lo prueba la *estetución* del *suferagio* universal.

– Vamos á cuentas, D. Serapio. ¿Conoce usted el mandamiento de la carraca?

– Comprendido.

– Pues ese es el que nos sabemos de corrido en Valdezopenca. ¿Qué hará usted por el pueblo?

– Le haré...

– *Zudiaz*, porque villa ya lo es *Madriz*.

– Bueno.

– Hay que sacar el perdón de las contribuciones por veinte años lo menos.

– Bueno.

– Que no se metan en los amillaramientos por si hay algo oculto *ú* no.

– Bueno.

– Que nos hagan dos carreteras de 30 *kilogramos* Que no se venda la dehesa del Chorro perteneciente á los propios...

– Bueno.

– Y que se arregle...

– ¿La iglesia? Se arreglará.

– No, el juego de bolos.

– Corriente. Los bolos se conservarán. ¿Y qué más?

– Que quiten al alcalde y pongan á mi primo Senén Parranda, por apodo el *Cloro*.

– Que nombren á mi hijo Nolasco gobernador de la provincia, pues ya ha cumplido veinticinco años, tiene buenos puños y sabe tocar la vihuela.

– Convenido.

– Todo esto hay que elevarlo á escritura, por si acaso.

– Hombre, con mi palabra creo que basta.

– Bien; pero ya se sabe que corren por usted los gastillos de la elección, dietas, cenas, almuerzos, piensos menores y caballerías con sus consecuencias. ¡Ah!, y que indulten á cinco asesinos de aquí que por haber muerto á un pastor están en Ceuta inocentes.

– Todos cuantos crímenes haya en la provincia se indultarán. ¡No que no!

Con estos antecedentes, Raspalodos menudeó sus visitas á Valdezopenca, yendo casa por casa, corral por corral, visitando á las notabilidades cerriles del distrito.

Otra de las principales era el tío *Guiñapo*, encendido de color, tartajoso y en conjunto una sandía de Talavera con piernas, chaqueta y gorra de piel de conejo. Le encontró Raspalodos en el establo, recogiendo el estiércol para abonar una viña: el candidato le encasquetó un discurso y acabó por abrazarle con grande efusión, antes de saber que no contaba más que con tres votos.

Otro personaje, el Sr. Josefo, vulgo *Pepino*, comerciante en embutidos de carne de caballo, recibió al pretendiente en la taberna de la *Piroja*, donde echaron unas copas de anís triple ó cuádruple, y don Serapio se tambaleó en honor á su anfitrión, que quedó conforme en votar gratis, lo cual no harían todos.

Raspalodos, jolgorioso y derrochador de frase aduladora, fué corriendo estaciones de colegiados que le llevaran sufragios á las urnas. Conoció y se hizo amigacho de todos los socios del *Círculo de la Curda*, entre los cuales distribuyó un mazo de cigarros puros, dándoles sus correspondientes golpecitos en el hombro y ofreciéndose como amigo para sus asuntos particulares.

El Presidente de la Curda que mangoneaba mucho en el pueblo, sin dejarse dominar de nadie más que del mosto, le encargó una jaula para su señora y ésta un braguero para su marido.

Al encararse con el candidato otro sujeto apodado el *Telégrajo*, por lo altaricón que era, Raspalodos quiso entender que le hacía señas misteriosas y contestó con un apretón, urgándole en la palma de la mano, á lo que el otro replicó:

– ¡Macho!, no me haga usted eso, que soy muy atentado á las cosquillas.

– ¿No ha comprendido usted?

– Ni jota.

El candidato se llevó chasco. Creía que era masón.

Por último, varios individuos juramentados por la salud de su madre ó de sus hijos para votar lo que dijeran Nicodemus, *Guiñapo* y *Pepino*, coincidieron en la idea de encargar á Raspalodos una albarda para cada uno, y no faltó quien le consultara sobre la delicada salud de su bestia, pensando que no podía menos de entender de veterinaria el presunto diputado de Valdezopenca. Dispuesto él á mimar al cuerpo electoral visitó á varios burros, tomó el pulso á una mujer embarazada y ofreció fundar un Asilo de la Paz, destinado á los que no supieran ó no quisieran trabajar, y en caso, para descanso de la huelga.

Raspalodos intrigó con el gobernador de la provincia para que hiciera la vista gorda dejándole colar en la candidatura ministerial. Entendió el gran muñidor que se trataba de un adicto, y apretando los tornillos decidió la votación, antes de haber leído una hoja publicada á última hora, que decía así:

«*Electores:*

»Los que propalan que he retirado mi candidatura por el distrito de Valdezopenca no me conocen.

»Soy hombre de convicciones arraigadas y todo se lo debo á mi partido.

»Mis correligionarios saben hasta qué extremo llevo yo el cumplimiento de mis compromisos.

»¡Valdezopencanos! Lucharé con mis pocas ó muchas fuerzas, y no dudo de que con vosotros voy á la victoria y por consecuencia á la regeneración de este honrado pueblo.

»¡A las urnas! ¡A las urnas!»

»*S. Raspalodos.*»
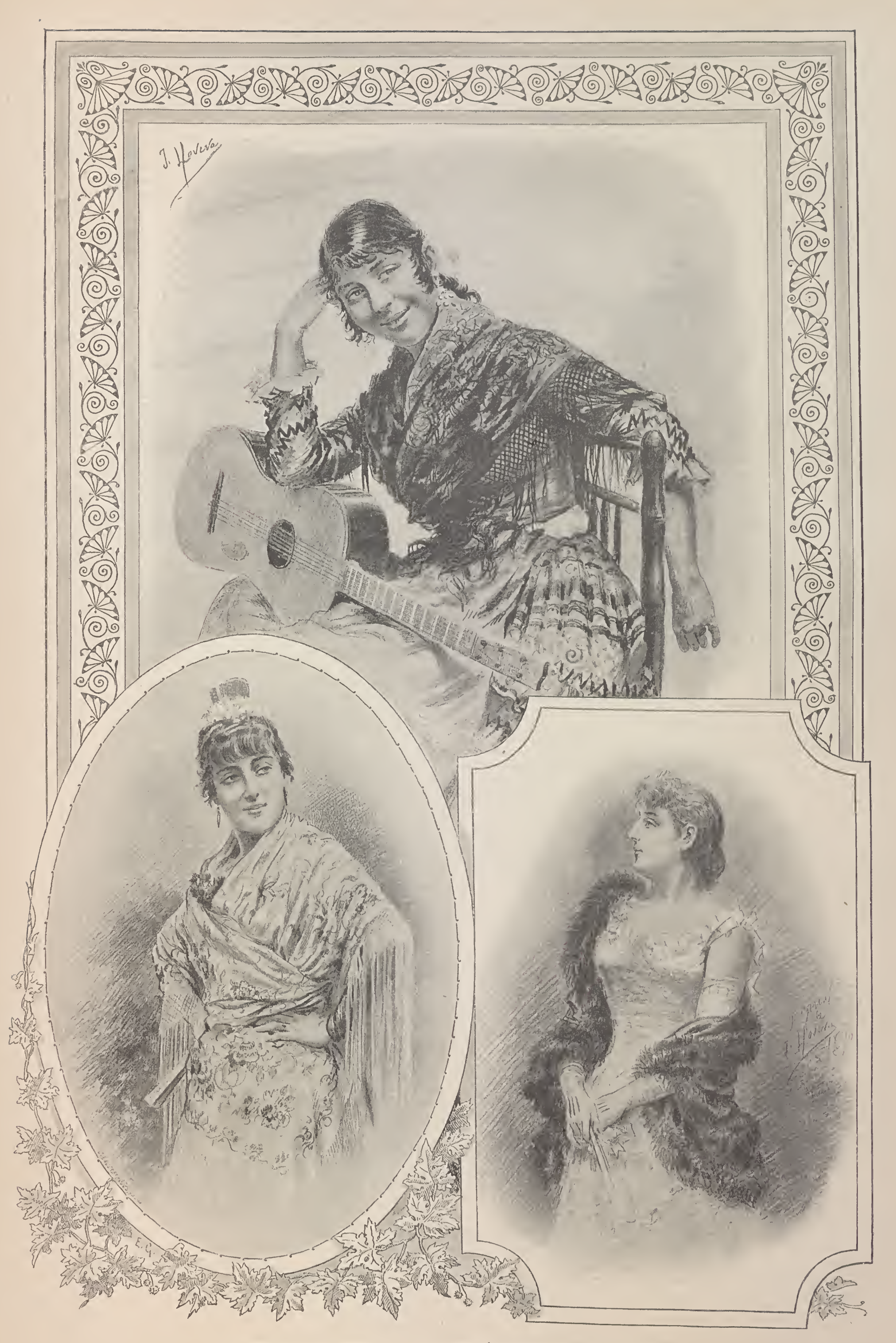
Gracias á la intriguilla de última hora y á la esperanza egoísta de los mandones del distrito que esperaban explotar la amistad de Raspalodos y Chanclete, nuestro héroe venció por dos votos de mayoría al candidato republicano, celebrándose el suceso el día del escrutinio con pasacalles, danzas, cohetes y comilona, en la que el beneficiado tomó la palabra y no la soltó en dos horas, primeramente para agradecer como debía el ternero que se había sacrificado y engullido en su honor, y luego con florida frase, en la que las hipérboles atropellaban á las ideas, para asegurar que desde aquel instante se consideraba hijo adoptivo de aquella población, padre de los desvalidos al serlo de la patria, y hermano de los electores, por los que sacrificaría con gusto sus deberes, sus opiniones y si fuera preciso hasta la vida, teniendo siempre abiertos los brazos y las puertas de su casa para todos los amigos, sin distinción de colores.

Llevóse á Raspalodos en hombros de la plebe votante á la estación, recibiendo por despedida apretujones, abrazos chillados y toda clase de caricias, besos substanciosos y tiernos del carbonero, del tripicallero y de dos viejas patriotas é influyentes, resonando por último y cuando ya corría bufando la locomotora estruendosos gritos de ¡viva don Serapio! ¡viva la soberanía de Valdezopenca!

Todo salió á pedir de boca y estómago para Raspalodos. A sus atractivos personales, formas corteses y modales de gran señor, unía labia prodigiosa, verbosidad facilísima, capeo de frase abundante que brotaba de sus labios como manantial de agua azucarada: contaba con el recurso supremo de la frase, mina tan explotada desde tiempos ciceronianos hasta los presentes; poseía el don de decir lo que quería, lo que podía serle útil y á veces perjudicial á los demás; era, en suma, nuestro hombre un pájaro de gran pico, un charlatán dorado, un palabrero como hay tantos, tan exhaustos de inteligencia como ricos en imágenes polícromas.

Al defender su acta, que venía plagadita de protestas por los consabidos pucherazos, causó sensación. Sus jueces así que oyeron la música de sus excusas, dijeron para sí: «Si éste no es el diputado legítimo, merece serlo,» y votaron la admisión.

D. Serapio juró, y no por vez primera, pues juraba y perjuraba á menudo; cabildeó, tosió fuerte en las secciones, fué nombrado para varias comisiones, charloteó, intrigó, se hizo *en-tout-cas* de la política, colocó á todos sus parientes y se colocó á sí mismo en la



LA GITANA, LA CHULA Y LA ARISTÓCRATA, dibujos de Llovera

dirección general de Agricultura á título de conocedor del ramo como diputado rural.

Y los electores borraron con una nueva votación la incompatibilidad, á pesar de que aún no había satisfecho los 2.500 duros que costó la primera elección, pues habiendo firmado pagarés á seis meses, pidió la renovación, que le fué concebida, porque D Serapio era algo así como el idolillo de barro de los zopencanos, y éstos se sacrificaban por él con gusto siempre que tenían ocasión de ello.

Raspalodos y Chanclete aceptó esponjado una gran cruz, la de Isabel la Católica, creada para premiar servicios de Indias, y al paso que se colgaba la venera y sacaba mucho el torso para que se le viera en día de palaciega recepción, decía en son de chunga: «Hemos convenido en que estas tiras de color de huevo se han hecho para los americanos. Yo no soy indio ni cosa que lo parezca, ni me he embarcado nunca, ni sé bailar el tango. ¿Qué méritos tengo yo para usar este pingo colgandero, digno ya de algún gran duque de zarzuela? Eso de estar condecorado no es propio, á estas alturas ó bajezas, más que de vividores hinchados ó de sapos vanidosos. Las cintas en el ojal las gastan fogoneros ferroviarios, las encomiendas muñidores de diputados cuneros, las excelencias sujetos conocidos detrás del mostrador Más fácil es ya ser excelentísimo que excelente; el título mejor que puede usarse por ser ya excepcional, es el de incondecorado.»

De Valdezopenca recibía D. Serapio media docena de cartas diarias por otros tantos motivos que daba de ser felicitado. Cada pregunta, interrupción, discurso ó réplica pronunciados por el parlamentante, tenía su merecido en el aumento de correo. Todos sus electores que sabían escribir con hache venían á decir lo mismo:

«*Hestamos hasombrados* de la *hadmirable horatoria* de V. E., *hasí* cuando *abla* como cuando *hestá* callado » Siguen las firmas.

A esta y otras ciento análogas dió igual contestación: la de arrojarlas al cesto. Nicodemus le escribió más de veinte con el mismo éxito: para que mandara á vuelta de correo, que no volvía nunca, cien kilos de simientes y cinco ó seis mil pinos rollizos que hicieran frondoso aquel campo de secano; para que se formara expediente sobre traída de aguas del Mar de Antígola ó de cualquiera otro; para saber cómo estábamos del nombramiento de gobernador de su hijo Nolasco y de la colocación del *Cloro*, y para... para qué sé yo cuantas peticiones más Elector había que se contentaba con el honor de que figurara su nombre como padrino de una robusta zopenca que le había dado su esposa, consultando al diputado sobre la feliz idea que había tenido de ponerla en la pila el nombre de *Sufragia* en recuerdo á las últimas elecciones.

El secretario del ayuntamiento, que le había proporcionado más de treinta votos, se permitió escribirle encargándole para su señora la secretaria un vestido de color verde Nilo, más que por lujo por saber lo que es, porque aquí – añadía – no hay más Nilo que uno, y ese no es verde, que es un mulero ya maduro.

Nicodemus, harto de esperar contestación de su diputado, tomó el tren una mañanita fresca, dispuesto á refrescar su memoria y á pedirle cuentas de su proceder.

Se sacude el polvo y en dos saltos llega á la nueva casa de Raspalodos, piso primero de una de las más lucidas y céntricas de Madrid. Pregunta al portero de librea verde y sombrero copudo con escarapela:

– ¿Vive aquí D. Serapio?

– ¿El director de?...

– Sí, señor.

– No está.

Al otro día temprano:

– ¿Está el director en casa?

– Sí, está en cama: no se levanta hasta tarde.

Al mediodía oye decir al portero:

– ¿Dónde va usted?

– A casa de mi diputado. Supongo que se habrá levantado.

– Puede que sí, suba usted.

– ¿Subo *colgao* en ese cajón?

– No. El ascensor es para los señores.

– Gracias.

Y subió y llamó.

– ¿Por quién pregunta usted buen hombre?

– Por D. Serapio. ¿Está?

– Está, pero no recibe más que en la oficina.

– Creo que á mí me recibirá aunque esté en calzoncillos. Dígale que está aquí su amigo Nicodemus.

– El señor no tiene ningún amigo que se llame así: no recibe: abur.

Y cerró de golpetazo el ventanillo.

Nicodemus, armado de paciencia, fué á las tres al ministerio de Fomento y se encaró con un portero rechoncho, cetrino y afeitado:

– ¿Está el señor director de Agricultura?

– No está.

– Pues en su casa me han dicho que sí.

– Pues yo digo que no.

– ¿Y dónde estará?

– En el congreso, que es donde recibe.

A las cinco al congreso:

– ¿Quiere usted decir al Sr. de Raspalodos que estoy aquí?

– ¿Tiene usted una tarjeta para pasarle recado?

– No las gasto.

– Pues sin tarjeta no puede verle.

– Hombre, dígale usted que está aquí Nicodemus.

– Yo no le digo ese mote. Venga la tarjeta.

– Pues hombre, dígale usted que está aquí un amigo de Valdezopenca.

– Su señoría no se trata con zopencos.

Y el portero, algo amoscado, le volvió la espalda en señal de desprecio.

Nicodemus apretó el puño de la mano derecha como el que mal disimula la gana de machacar unas narices como las de aquel portero que parecía un general, pero se contuvo, y á poco descansaba de su inútil trajín de aquel día en la posada del Peine. Así pasaron cinco ó seis dedicados á la caza del diputado, yendo y viniendo de la casa al ministerio, del ministerio al congreso, hasta que una noche, tras de muchas vueltas dadas sobre el jergón, pensó resueltamente: «Mañana voy á la casa de D Serapio y le he de ver, quiera que no quiera.» Así lo hizo á las diez, á la una, con el resultado de siempre y después de sufrir sofiones y genialidades características de aquellos que eran todavía más zafios que el cacique de Valdezopenca. Al anochecer se recostó á la puerta de la casa del diputado, dispuesto á no moverse de allí hasta que le atrapara.

– ¿Qué haces ahí?, le dijo con mal modo el portero.

– Esperar á D. Serapio.

– ¿Todavía no le has visto? ¡Valiente melón! Pues hoy tampoco podrá ser, porque está muy ocupado Da un banquete de treinta cubiertos á los del Veloz y no puede ver á nadie.

Nicodemus calló poniendo en práctica aquello de las comedias: «Hace que se va y vuelve.» Y cuando volvió, ya anochecido, aprovechando la ausencia del portero, se ocultó en el cajón del ascensor y se quedó dormido.

Paró á poco un coche. Venía en él el mismísimo D. Serapio, que al penetrar en el ascensor puso el pie en un callo de Nicodemus, el cual soltó una interjección de las gordas.

Entonces Raspalodos, temiendo un golpe de mano airada, gritó:

– ¡Animal!

Nicodemus sintió en seguida y en menos de un minuto un chaparrón de insultos acompañados de dos bastonazos en la cabeza que le atontaron, exclamando:

– ¡D Serapio, no sea usted bárbaro, que soy yo!

– ¿Quién es usted?

– ¡Nicodemus!

Raspalodos, que realmente era un bárbaro en eso de manejar los puños, sacó de los cabezones al gran elector, le arrojó en el portal, y cuando el otro le tendía los brazos de amigo, S. E. voló en el ascensor, diciendo al lacayo:

– Llevad ese hombre á la cuadra á que descanse.

Pasaron á Nicodemus al patio, sentándole en un poyo que había á la puerta de la cochera. Dióle la portera á beber agua de vinagre, y cuando el cacique volvió en sí palabreaba con voz balbuciente:

– Para que le votáramos nos ofreció los imposibles. Abrazó y besó á *tos* los electores, *ocicó* en el establo de los cerdos. Nos dijo que éramos hermanos: se salió con la suya por mí, por este cura, y ¡ya *vis* el pago que me da!... Y al decir esto sufrió el pobre tío Nicodemus un vahido, á la vez que un criado de frac y corbata blanca bajaba de parte del señor con una taza de caldo para aquel pobre hombre que estaría desfallecido.

Nicodemus la rechazó.

– ¡Tómala, bobo!, decía la portera compadecida. ¡Verás qué substancioso y qué rico está!

– Ya lo creo, añadió el lacayo.

Nicodemus accedió al fin á llevarse la taza á los labios, y tras de dos sorbos, como si hiciera el papel de galán silbado, espurreó estas frases:

– Bien me decía la parienta, allá en Valdezopenca. El *suferagio* universal no sirve más que para que hagamos á cuatro tunos el caldo gordo.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

BARCELONA ARTÍSTICA

A medida que el descenso de temperatura nos anuncia el comienzo de la estación otoñal, nuestra ciudad va cobrando nueva vida y movimiento: anímanse los centros, aumenta la concurrencia en los coliseos, y todos aquellos á quienes la fortuna ó la necesidad les ha permitido ú obligado á permanecer en el campo durante los estivales calores, reanudan sus habituales ocupaciones. Los artistas, al igual de las aves de paso, regresan á sus cuarteles de invierno, pertrechados con los apuntes y estudios producto de sus excursiones veraniegas, para convertir algunos de ellos en cuadros ó en importantes elementos para concebidas composiciones. El *Centro Artístico* de la calle de Balmes antójasenos una colmena en la que innumerables abejas elaboran constantemente: tan repletos están tus departamentos y ocupados sus estudios. Allí, Tamburini, el pintor *neomístico*, según uno de nuestros críticos, termina un cuadro de encargo, de asunto histórico, pues representa la llegada á Barcelona del atrevido navegante genovés Cristobal Colón y en el acto de ofrecer á los Reyes Católicos fehacientes testimonios de su grandes descubrimientos. El borinqueño Cuchy hállase ocupado en dar las últimas pinceladas á un gran lienzo que ha de servir de techo á un establecimiento industrial importante, y el granadino Guzmán, tan andaluz como pintor meridional, termina varios lienzos, pues siempre pinta varios á la vez, de tipos y costumbres de aquel privilegiado país.

Ha inaugurado su segunda campaña Ramiro Lafuente, hijo del célebre historiador de España No legará obras tan valiosas como las de su progenitor, pero en cambio logrará fama de laborioso y fecundo. Pinta por incidencia, y sintiendo el arte no ha podido dedicarle todavía el merecido tributo. El elegante Riquer, el pintor de los pájaros y las flores, ha traído un caudal de apuntes y algunos cuadros, que si bien de distinto género que el que hasta ha poco ha cultivado, acusan un progreso notable. Sus estudios, en los que á pesar de la delicadeza de tonos y de líneas se descubre la verdad del natural, rebosan los límites de tales. Robert, cuyos lienzos llevan impreso el sello del clasicismo y el recuerdo de la Ciudad Eterna, Pujol y otros más, apréstanse á dar muestras de su laboriosidad é inteligencia.

Román Ribera, el portaestandarte de la pintura de género española, termina allá en su retirado y elegante estudio de la calle de Lauria, que antes ocupara Riquer, un notable lienzo, llamado á disputar la atención y el interés de los aficionados. En el ángulo de una suntuosa estancia flamenca, en la que brillan y se destacan los esculturales muebles, tapices y cristales destácanse las figuras de cinco músicos, cuyos trajes determinan delicados y bien entendidos contrastes por los suaves tonos de las telas, cuya calidad ha sabido expresar el artista con su reconocida maestría. En el centro del grupo y recibiendo los amortiguados rayos de luz que penetran á través de una vidriera de multiples y variados colores, hállase una hermosa cantora, en cuyo rostro de simpática expresión se reflejan la blancura del papel de música que en sus manos sostiene y los dorados tonos de su amarillo corpiño de raso. Acostumbrados nos tenía Ribera á admirar sus empeños de colorista, pero confesamos sin rebozo que su *Concierto* nos embelesa y cautiva.

Otro lienzo notable, destinado á formar parte de la galería de un opulento londonense, ofrece á Mas y Fontdevila ancho campo para hacer gala de su buen gusto y habilidad Otra *procesión*, tal vez más importante que la que hace algunos años adquirió el Estado y se halla en el Museo nacional, es la obra en que imprime el sello de su genialidad y el de su dominio del colorido.

Como recuerdo de sus excursiones veraniegas á distintas regiones de la península preparan notas los paisajistas, José Masriera, el fecundo Urgell, Marqués, Armet y el navarro Larraga.

Barrau, Vayreda, Baixeras, Roig Soler, Llimona, Cusí, los dos Martí y Galofre pronto darán fe, por medio de nuevos cuadros, de la actividad de sus pinceles. Y ya que hemos citado el nombre de Galcfre, se nos vienen á las mientes los triunfos que éste, Cusachs, Barrau y otros más han logrado en las últimas Exposiciones de Berlín y de Munich, triunfos que al honrar á los artistas honran también al arte patrio

Anúnciase para las primeros días de noviembre la Exposición periódica que en el Salón Parés verifican anualmente con sus obras los tres inseparables artistas, los pintores Casas y Rusiñol y el escultor Clarassó. Hemos tenido ocasión de examinar varias de las obras que han de exponerse, y si bien algunas de



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – PALACIO DEL RIGSDAG, EN COPENHAGUE

ellas denuncian las cualidades que distinguen á estos artistas para copiar el natural y esa observación asimilativa que da á sus lienzos la exactitud y verdad de la fotografía, en cambio falta todavía en ellos ese algo que distingue al artista, ya que no preside la concepción de asuntos ó modelos. Son estudios altamente recomendables, los tonos y colores se hallan tan sobria como hábilmente combinados; pero en ellos se descubre únicamente al pintor hábil é inteligente, mas no al artista que concibe, discurre é interpreta. Casi todos los lienzos han sido pintados en París.

Entre las varias figuritas caprichosamente modeladas por Clarassó, dignas de servir de preciado adorno en aristocráticas viviendas, figurará en la Exposición á que nos referimos una estatua casi de tamaño natural, perfectamente modelada, representando á un *clown* que con un latiguillo en la mano obliga á un perro á exhibir sus habilidades. Un gran jarrón decorativo, exornado con numerosas y grotescas figuras de un antiguo dómine y sus discípulos, será en unión de la estatua otra de las obras destinadas á despertar interés por su recomendable ejecución é intencionado humorismo.

A partir de la fecha en que cerró sus puertas el Palacio de Bellas Artes, hase convertido la Galería Parés en una segunda Exposición. Por su vasto salón han pasado la mayor parte de los cuadros que figuraron en el último certamen, y el público ha podido admirar una vez más los preciosos cuadros de caballete de Van Beers (que fueron causa de que dos artistas de mérito olvidaran los amplios y elevados conceptos del arte, oponiéndose á su instalación), los de género y costumbres del valenciano Agrassot, los de asuntos militares de Cusachs y los de otros muchos distintos artistas que tanto contribuyeron por medio de sus obras al buen éxito de la primera Exposición general de Bellas Artes celebrada en Barcelona bajo los auspicios del Ayuntamiento.

Los escultores barceloneses no permanecen inactivos, y además de las obras que modelan ó esculpen destinadas á embellecer nuestra ciudad, apréstanse á tomar parte en el próximo concurso que ha de celebrarse en Madrid para elegir los modelos de las estatuas que han de decorar la fachada del palacio que ha de albergar la Biblioteca Nacional. Que el Jurado premiará algunas de las obras nos parece fuera de toda duda, ya que además del mérito que las distingue el solo nombre de los artistas es una garantía del éxito. Y tal es así, que las recientes inauguraciones de los monumentos erigidos á Jovellanos en Gijón y á Nicomedes Pastor Díaz en Vivero pregonan, no sólo los triunfos de Fuxá y Campeny, si que también el notabilísimo desenvolvimiento que ha logrado la escultura en Barcelona. A su calor desarróllanse las industrias artísticas, y especialmente los talleres de fundición de bronces gozan hoy de próspera vida. En uno de ellos, cual es el de Federico Masriera y Compañía, ejecútanse en estos momentos la estatua del general Prim, destinada á la ciudad de Reus, la colosal de Hernán Cortés para la patria del conquistador del Perú, otra al malogrado prócer D. Evaristo Arnús y un grupo notabilísimo modelado en Alemania que ha de emplazarse en una de las plazas de Nueva York. Y cuenta que en un período de ocho meses se han fundido: dos estatuas de D. Antonio López, para Cádiz y Comillas; las de Jovellanos para Gijón, el marqués de Pontejos y la del Padre Riquer para Madrid, y la de Guarda para la Coruña.

Falta únicamente que las transformaciones que determinarán las obras de la reforma de nuestra ciudad y la próxima Exposición de Artes decorativas den nuevo y poderoso impulso para que la escultura y la pintura puedan manifestarse de modo tan completo cual el que deseamos todos los amantes del verdadero arte.

A. GARCÍA LLANSÓ

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA (1)

XI

DINAMARCA

Los reyes daneses fueron los penúltimos autócratas de Europa, y los soberanos de Rusia son los últimos. El 17 de mayo de 1814, un príncipe danés, gobernador de Noruega, fué nombrado rey de ésta y firmó la Constitución; pero el 4 de noviembre abdicó en favor de Bernadotte y volvió á Dinamarca, cuyo trono ocupó veinticinco años más tarde, gobernando como autócrata hasta 1848 á pesar de las súplicas de su pueblo. El 5 de junio de 1849, su sucesor Federico VIII otorgaba por fin la constitución tan á menudo pedida, y que se ha cambiado muchas veces desde aquella época. Al principio se aplicó solamente á Dinamarca y á Islandia; después á Dinamarca y al Slesvich, y más tarde á los países situados al Norte del Eider.

La constitución actual, aplicable á la Dinamarca propiamente dicha, fué promulgada por último el 28 de julio de 1866.

La forma de gobierno es una monarquía limitada. El poder legislativo se ejerce á la vez por el rey, cuya sanción es necesaria, y por el *Rigsdag*, compuesto de dos Cámaras: la primera se llama *Landsthing* y la segunda *Folkething*.

La primera Cámara se compone de sesenta y seis individuos, doce de los cuales son nombrados por el rey con el carácter de vitalicios, eligiéndose entre los ciudadanos que hayan formado ya parte de las asambleas representativas. Los cincuenta y cuatro restantes se eligen por ocho años, por sufragio á dos grados y por doce circunscripciones, á saber: siete por la ciudad de Copenhague, uno por la isla de Boruholm, uno por el Parlamento de las islas Feroé y cuarenta y cinco por los distritos electorales de las ciudades y de la campiña. Se renuevan por mitad cada cuatro años, y los más se eligen entre la nobleza, los burgueses notables y la alta administración.

La segunda Cámara se compone de ciento dos individuos elegidos directamente por tres años por sufragio universal; y como las tres cuartas partes de los campesinos son electores, la mayoría del *Folkething* está constituída por ellos.

El Parlamento ó *Rigsdag* se reune el primer lunes del mes de octubre de cada año, en virtud de convocatoria del rey: la legislatura ordinaria no puede durar más de dos meses sin consentimiento del monarca.

El rey no abre jamás el *Rigsdag* en persona; de ello se encarga el presidente del Consejo, y la ceremonia se efectúa sin aparato.

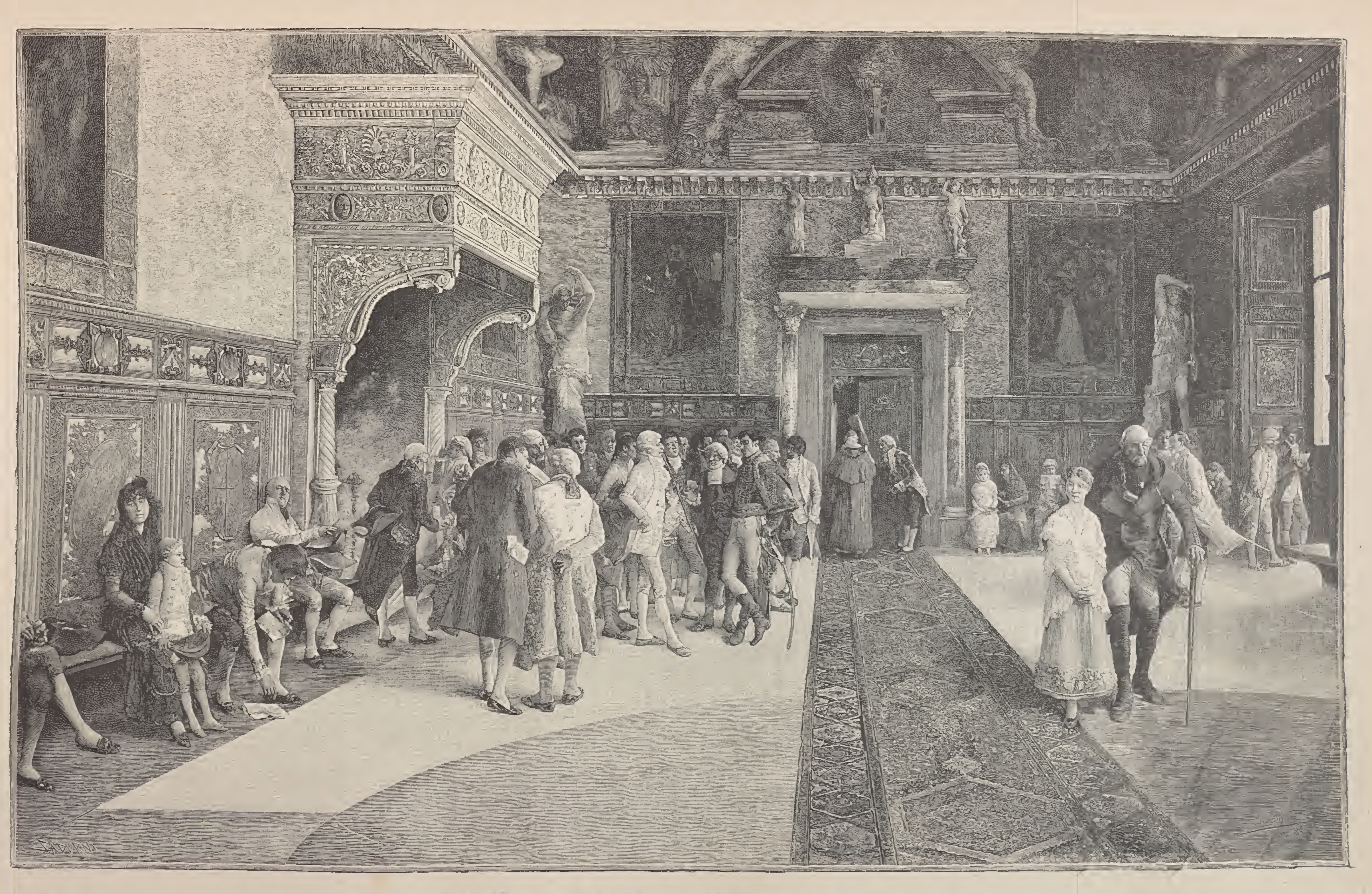
Los diputados del *Rigsdag* reciben, además del importe de sus gastos de viaje, una indemnización de nueve pesetas diarias mientras dura la legislatura y han de aceptar forzosamente este dinero.

Las dos Cámaras eligen cada cual su presidente, vicepresidente y secretarios. El *Folkething* puede en-

(1) Véanse los núms. 468 al 474, 476, 483 y 498.



EN EL ARRIATE, cuadro de G. Simoni



LA ANTESALA DE UN MINISTRO, cuadro de D. Luis Jiménez Aranda

causar á los ministros y enviarlos al *Rigsrat*, tribunal especial encargado de estatuir sobre la formación de causa; pero el *Landsthing* nombra en su seno la mitad de los individuos que componen el *Rigsrat*.

Las dos Cámaras tienen el derecho de exponer, proponer é informar. Las sesiones son públicas, y los debates legislativos se publican en un diario oficial bajo la dirección del presidente y de los secretarios de cada Cámara. Cuando hay lugar á proceder á elecciones en el seno de las Cámaras, quince diputados pueden pedir el escrutinio llamado de proporción: se divide el número de sufragios por el de los candidatos que se han de elegir, y se toma el cociente por base de la operación electoral. Para ser elegido basta obtener el número de votos indicado por la cifra de aquél, y así está representada la minoría en todas las comisiones. Los proyectos de ley se someten á tres lecturas; y cuando las dos Cámaras no pueden ponerse de acuerdo, cada una de ellas nombra un número igual de individuos, que se reunen para redactar una proposición, sobre la cual resuelve cada Cámara separada y definitivamente. El consentimiento del monarca es necesario para dar fuerza de ley á los proyectos votados por el Parlamento.

En caso de menor edad, de ausencia ó de enfermedad del rey, el Consejo de Estado se encarga provisionalmente del gobierno, y debe convocar acto continuo el *Rigsdag*, para que, reunidas las Cámaras, resuelvan de qué modo se ejercerá el poder hasta que el rey se halle en estado de encargarse del gobierno. Si no hay ningún sucesor al trono, el *Rigsdag* elige soberano, regulando el nuevo orden de sucesión. Cuando las dos Cámaras se hallan así reunidas, es preciso, para que puedan deliberar con validez, que estén presentes y tomen parte en la votación cuando menos la mitad de los individuos de cada Cámara. El *Rigsdag* nombra de por sí su presidente y establece su reglamento.

Los individuos del *Folkething* se nombran por sufragio universal sin ninguna condición de censo.

Los del *Landsthing* se eligen por sufragio á dos grados, y en virtud de una ley bastante complicada. Hay dos categorías de electores del primer grado: unos que tienen derecho de votación para el *Folkething* y otros electores contribuyentes. Del mismo modo, para los electores de segundo grado, unos son producto de la elección del primero y los otros electores inmediatos, no elegidos, que se escogen entre los electores rurales que paguen más contribución: solamente la ciudad de Copenhague nombra sus diputados sin el concurso de los electores de esta última categoría.

Son electores al *Folkething* todos los daneses de treinta años de edad, con residencia de un año y que tengan la libre disposición de sus bienes. Para tener el carácter de elegible es preciso ser danés, haber cumplido veintiséis años y no hallarse en ninguno de los casos de incapacidad que el electorado determina Dinamarca se divide en ciento dos circunscripciones, con unas diez y seis mil almas en cada una: cada circunscripción elige un diputado.

Hemos dicho que para el *Landsthing* hay elecciones á dos grados. Los electores del primero son de dos especies: electores primarios simplemente (electores al *Folkething*), y los primarios contribuyentes; estos últimos no existen sino en Copenhague y en las ciudades. En Copenhague se ha de estar inscrito como poseedor de una renta de 5.600 pesetas por lo menos, y en las demás ciudades se debe disfrutar de la misma ó satisfacer una contribución directa de 210 pesetas.

Estos electores primarios simplemente ó primarios contribuyentes son los que, reuniéndose en colegios distintos, nombran los electores del segundo grado.

Para ser elegible para el *Landsthing* se han de llenar las mismas condiciones que para la elegibilidad en el *Folkething*.

La constitución dice que el ministerio debe dimitir cuando no tiene mayoría en las dos Cámaras; pero desde hace algunos años, el partido liberal, habiendo progresado rápidamente, ha pedido que esta dimisión se dé cuando el ministerio no tenga la mayoría en el *Folkething*, es decir, en la Cámara directamente elegida por el pueblo. Sin embargo, Mr. Estrup, presidente del Consejo desde 1885, no hace caso alguno de las voluntades de los liberales, y de quince años á esta parte gobierna contra la mayoría del *Folkething*, apoyándose en el *Landsthing*, que es conservador y ministerial He aquí por qué la lucha es constante entre M. Estrup y el partido liberal.

Se rechazan cuantos proyectos de ley propone, rehúsase votar el presupuesto; pero todo es inútil, porque M. Estrup ha conseguido obtener la real firma para leyes provisionales que se perpetúan. Ese ministro es quien á pesar del *Folkething* ha organizado una gendarmería que se juzga inútil y costosa; él es quien siempre, venciendo la opinión del *Folkething*, ha gastado millones para fortificar la ciudad de Copenhague, siendo así que la nación no lo quiere.

***

Desde el incendio del castillo de Christiansburgo (1886), las sesiones del *Rigsdag* se celebran en un antiguo cuartel, poco apropiado para este nuevo destino, pero esa instalación no es más que provisional Se está en vías de discutir si debe construirse para el *Rigsdag* un nuevo palacio, ó si el Parlamento se seunirá otra vez en el castillo de Christiansburgo, donde celebraba sus sesiones desde el 5 de junio de 1849; pero debe advertirse que los trabajos no han comenzado aún.

X

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, busto en bronce de D. José Llimona (fundido en los talleres de D. Federico Masriera y C.ª – Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.) – Hermano del pintor, ha logrado también, como él, merecida fama por las varias obras notables que ha producido. Aunque joven, ha sabido José Llimona, en un período de tiempo relativamente corto, dar fehacientes muestras de su talento y de las cualidades artísticas que posee. Alto, algo enjuto, casi barbilampiño, muy semejante á su hermano en las condiciones de carácter, no es fácil suponer ni adivinar en él las galanas producciones de su ingenio. Llimona siente el arte, y por ende todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los afectos más puros ó los ideales más elevados, denuncian ingenio, sentimiento, delicadeza y precisa ejecución.

La escultura que reproducimos es una donosa prueba de sus aptitudes, digna de figurar en el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad, adonde ha sido destinada con buen acuerdo. En ella hállase impreso el sello de ese algo siempre grande y noble, que sólo puede informar á las verdaderas manifestaciones del arte.

El proyecto del monumento al héroe de los Castillejos, general Prim, que presentó Llimona en el concurso celebrado en la ciudad de Reus, patria del caudillo y en donde debe erigirse, es la obra más completa de este artista y en la que se da á conocer por entero. Si el Jurado pospuso su obra á la de Puiggener, casi igual á la que posee ya Barcelona, la general protesta del pueblo de Reus, quizás con mejor sentido artístico que los por él escogidos para ilustrarle, debe satisfacer su amor propio y servirle de recompensa á sus esfuerzos.

***

Tipo de un radjputa (de una fotografía.) – Los radjputas son una de las naciones más belicosas de la India y de las que más viva resistencia opusieron á la Compañía de Indias; poco aficionados á la agricultura y al comercio, dedícanse con predilección á las armas, figurando hoy en día entre el número de los mejores soldados del ejército anglo-indio; no son bellos ni mucho menos, y de ello podemos convencernos con sólo mirar al que reproducimos, y el abuso del opio es causa de que sean muy poco inteligentes. Su orgullo es desmedido y á él se debe el nombre que llevan y que significa *descendientes de reyes*; de aquí el cuidado especial que ponen en la cuestión de matrimonios, tanto más, cuanto que un enlace desigual priva de todo derecho de herencia á los hijos de él nacidos, y de aquí también la horrible costumbre del infanticidio, que tanto ha costado á los ingleses destruir.

***

Cuarteto de hambrientos, cuadro de Julio Adam. – ¡Pobres gatitos! Como todas las mañanas, acudieron al lebrillo donde su cuidadosa ama les tenía dispuesto el suculento desayuno; pero séase por olvido de aquélla, séase que el envidioso perro, habiendo madrugado más que de costumbre tuvo á bien almorzarse lo que á ellos estaba destinado, es el caso que los *Micifufes* se encuentran vacío el plato, con cuyo contenido pensaban llenar su no menos vacío estómago. He aquí la causa de sus lamentos, de sus caras de sorpresa y angustia que imprimen al cuadro de Adam un carácter cómico á pesar de que la situación no puede ser más dramática, para los gatos, se entiende.

Julio Adam es hijo del célebre pintor de batallas Alberto Adam, y hermano de los no menos célebres Francisco, Benno y Eugenio; procede, pues, de buena cepa. En sus mocedades, casi en su infancia, empezó á trabajar en el taller de su padre, ayudando á éste especialmente en sus labores fotográficas, y al poco tiempo marchóse á la América del Sur, en donde fotografiando paisajes conquistóse una posición desahogada; pero á los seis años regresó á su patria, llevado del deseo de satisfacer sus instintos y aspiraciones artísticos que no se avenían bien con la profesión de fotógrafo. Ya en Munich comenzó á estudiar con el profesor Echter Antike y entró luego en la Academia asistiendo á las clases de Dietz. De aquella época datan sus grandes cuadros *Danza de mayo en la Edad media*, *Idilio*, *Niños cogiendo frambuesas* y varios retratos; mas un día tuvo el capricho de trasladar al lienzo las figuras de dos gatitos que poseía, y remitido el cuadro á América, causó allí tan buena impresión que sobre Adam llovieron encargos y más encargos, hasta que un americano tratante en cuadros firmó con él un contrato por el cual el artista se obligó por un plazo de muchos años á no pintar más que para aquel comerciante.

Julio Adam cuenta en la actualidad treinta y nueve años y su nombre figura entre los artistas alemanes de primera fila, habiendo alcanzado grandes éxitos en las exposiciones internacionales que anualmente se celebran en Munich.

***

La gitana, la chula y la aristócrata, dibujos de Llovera. – Pocos artistas han logrado crear tipos de belleza femenina más simpáticos y más popularizados que los que salen del lápiz, de la pluma ó del pincel de nuestro querido colaborador Sr. Llovera. Sus figuras de mujer serán convencionales, si se quiere, tendrán sus defectos (¿qué obra del hombre no los tiene?); pero lo cierto es que alegran los ojos, que seducen y cautivan y que ante la intensidad de la impresión agradable que en el ánimo causan, el convencionalismo pasa inadvertido y las faltas no se notan, ó si se notan se perdonan fácilmente en gracia á las muchas bellezas que con creces las compensan.

Ferviente admirador de cuanto á nuestra patria se refiere, españoles puros son sus cuadros de costumbre, en los que con preferencia trata asuntos de principios de este siglo, y españolas netas son sus mujeres. La mantilla, la peineta, el cabello dispuesto en flequillo y tufos, el pañuelo de Manila de pintadas flores y largo fleco, las blondas, el zapatito de raso, los acarminados labios rasgando una tez morena, los claveles blancos ó rojos destacándose en hermosa mancha sobre una cabellera negra, he aquí los elementos á que con predilección acude Llovera para sus geniales creaciones. Y no merece por ello más que alabanza, ya que los componentes son de tal belleza que lo que con ellos se confeccione no puede menos de satisfacer á los más exigentes en materias de estética, máxime cuando el artista que de ellos se vale posee exquisito gusto para combinarlos y soltura y espontaneidad notables para trasladarlos al papel ó á la tela.

No se crea por lo dicho que Llovera sólo á la reproducción de chulas y manolas dedica su talento; también la belleza y la elegancia de la clase alta tienen en él distinguido intérprete, y buena prueba de ello es la aristócrata de nuestro grabado, digna compañera, desde el punto de vista artístico, de las dos hembras de rompe y rasga que van en su compañía en el dibujo que publicamos.

Los tres distintos tipos que en éste aparecen están reproducidos con notable verdad, son modelos de expresión y colorido y dan perfecta idea de los tres géneros de belleza que en nuestra patria sobresalen.

***

En el arriate, cuadro de Simoni. – Son tantos los cuadros que reproducen á las mujeres de Oriente en la azotea, ó en el arriate, ó en la terraza, que casi parecen indicar ser ésta la única distracción de aquellas infelices á quienes una costumbre y una religión incomprensibles en nuestros tiempos imponen poco menos que una absoluta y perpetua clausura. Las mujeres del lienzo de Simoni llevan retratados en sus semblantes los efectos de su monótona existencia, tanto más tristes cuanto más risueña y alegre se ofrece, en bellísimo contraste, la naturaleza que á su alrededor se descubre ostentando las hermosas galas que el sol de aquellos climas hace brotar de su seno.

Simoni es uno de los más célebres pintores italianos, y se ha dedicado con igual éxito á todos los géneros, histórico, de paisaje, de costumbres modernas y oriental, si bien parece mostrar por este último especial predilección. En la Exposición Universal de París expuso un cuadro de grandes dimensiones, *Thais aconsejando á Alejandro Magno el incendio de Persépolis*, que excitó la admiración de cuantos visitaron en aquel entonces la capital de Francia.

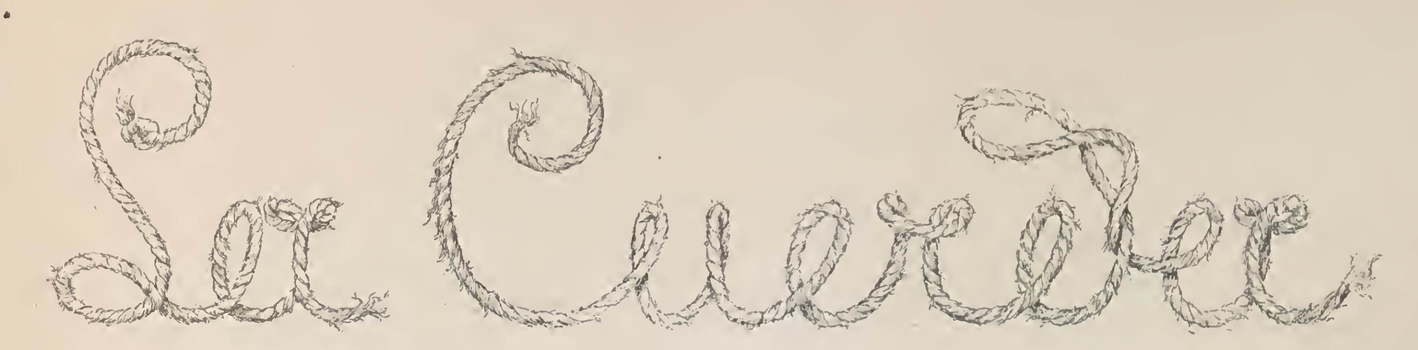
***

La antesala de un ministro, cuadro de don Luis Jiménez Aranda. – Dentro del género á que pertenece, en el que tanto se distinguió Luis Jiménez hace algunos años y que con tanto lucimiento también cultiva todavía su hermano D. José, es *La antesala de un ministro* una de sus más notables composiciones. Aparte de sus cualidades pictóricas, revélase en el lienzo el profundo estudio de la época que ha tratado de representar, habiendo logrado tan cumplidamente su propósito, que quien examine el lienzo puede creerse transportado á la vasta antecámara de uno de aquellos famosos ministros ó secretarios de Felipe V ó Carlos III, en cuyas manos se hallaba la dirección y el destino de nuestra patria. Los varios y distinguidos grupos de pretendientes ó cortesanos que esperan impacientes las gracias ó favores del ministro, ó los que como el anciano soldado y su joven y bella acompañante, que se destacan en el centro del vasto salón, llevan impresa en sus rostros y actitud la decepción que acaban de recibir con la pérdida de sus forjadas ilusiones, hállanse trazados con singular maestría, tanto considerados en su forma plástica como en el concepto psicológico que revelan en los contrastes que ofrecen.

Luis Jiménez figura dignamente en el número de esos artistas que honran á España, ya que á sus excepcionales aptitudes para el arte que cultiva reune la de poseer clarísimo ingenio y laboriosidad.

***

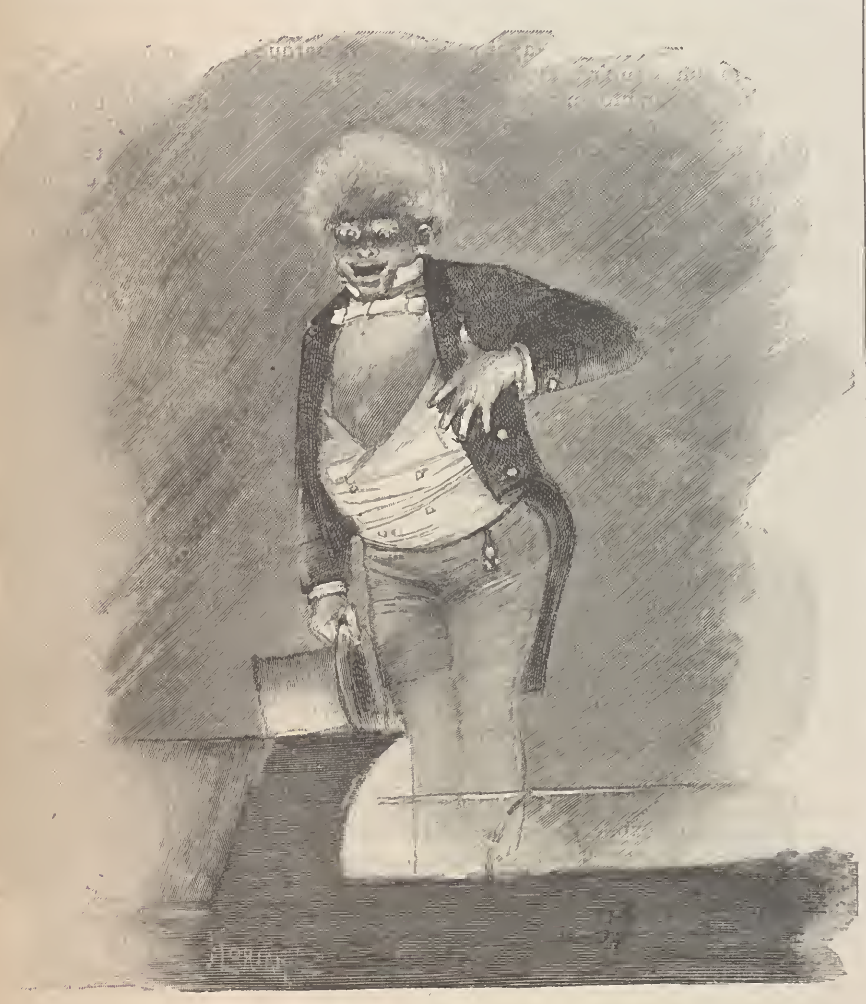
La niña de la silla, escultura de D. Venancio Vallmitjana (de fotografía directa de D Juan Martí.) – La historia artística de este distinguido escultor es una continuada serie de triunfos. Su nombre, digno de respeto en el mundo del arte, lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento. Nacido al calor del renacimiento patrio, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio, á sus raras cualidades y á su propio esfuerzo la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen en Vallmitjana la superioridad indiscutible, á que le dan derecho los largos años de penosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus obras. Prolijo sería enumerarlas: bastará consignar que algunas de ellas sirven de preciado adorno de regios salones y de complemento al embellecimiento de nuestra ciudad.



POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONTINUACIÓN)

Por lo demás, aquel espectáculo le produjo, como la representación de los *Hugonotes* en Burdeos, algo de jaqueca. Volvió al hotel y contempló melancólicamente el mostrador de cristales que en otro tiempo servía de trono á la apetitosa señora Chardonet, y en donde ahora se ocupaba en poner en orden el libro de entradas y salidas de la fonda una mujer pequeña, flaca, de aspecto



Darthenay

ordinario y lleno de granos, y se acostó rendido de fatiga. Cuando á la mañana siguiente se levantó tuvo tentaciones de ir á sorprender á su hijo en su domicilio, en la calle de la Fontaine Saint-Georges, y darle los buenos días espetándole la fi ípica que tenía preparada

– ¿Has medido, desgraciado, la profundidad?...

El exordio le retozaba en los labios y rabiaba por soltarle. Pero se resignó á esperar al día siguiente; antes quería conocer al adversario que se interponía entre su hijo y la autoridad paterna: quería estudiar á Gabrí.

Empleó todo el día en vagar por París, algo excitado. En medio del tumulto de aquellas calles, sólo reconocía los antiguos monumentos que no habían cambiado de sitio: la Magdalena, la plaza de la Concordia, el teatro de Variedades; pero el lujo de las nuevas tiendas, las modas femeninas, el ruido de los coches; en una palabra todo lo que constituía la esencia del París moderno le turbaba y admiraba al mismo tiempo, causándole no poca sorpresa todas las seducciones con que la ciudad le brindaba Ciertamente, aquello era una Babilonia: iba y venía por las calles de Babilonia, pero Babilonia resultaba una capital muy curiosa y muy divertida, y sobre todo ¡tan cambiada desde que él la viera por última vez!

M. Thomassiére, erguido como una garza real, recorría á fuer de buen cazador las calles de París, sin cansarse, como si persiguiera una bandada de perdices.

Por la tarde buscó en los alrededores del teatro del Palais Royal un restaurant donde comer: precisamente había uno enfrente del coliseo.

El camarero le dijo cuando le llevó la lista:

– Esta ventana da á los cuartos de las actrices.

M. Thomassiére se asomó á la ventana.

Al otro lado de la calle, que era muy estrecha, vió en efecto cuartos alumbrados ya con luz artificial, en donde se distinguían confusamente enaguas almidonadas y trajes de teatro. El notario sintió no tener á mano sus gemelos para hacerse cargo con toda claridad de aquellos pelendengues escénicos de variados colores.

Hacía calor, ese calor pesado de fines de verano. M Thomassiére comió al lado de la ventana abierta. Abajo comenzaba á engrosar la multitud de espectadores que iban llegando. Algunos coches descargaban su pasaje á la puerta, y los vendedores gritaban:

«*¡El Entreacto! ¡El Entreacto!*»

O bien:

«El programa de la función y la distribución completa de *¡Quítate, que yo me ponga!*»

¡Quítate, que yo me ponga! era el título de la revista que iba á representarse. Los ocho autores de esta aristofanada habían tratado, según decía un periódico, de hacer alusiones políticas, y la obra estuvo detenida algunos días en la censura.

M. Thomassiére ignoraba estas cosas, y no se cuidó de comprender el título, que parecióle un poco raro, pero filosófico; sí, filosófico... Los hombres no hacen más que repetir toda la vida lo que tan curiosamente indicaba el anuncio del Darwin en el caló de París. Pero el notario no conocía á Darwin. En Saint-Alvere leía el *Atila* y *Pertarita* de Corneille, y muchas veces habíase dicho: «Si alguna vez voy á París no dejaré de ver *Pertarita;* debe ser un hermoso espectáculo.» Y sin embargo, iba á ver representar *¡Quítate, que yo me ponga!*

Pero no era por la obra por lo que iba al teatro, sino por *la Comadre, la Educación laica*, Gabriela Vernier, la señorita *Gabrí*.

He aquí lo que le preocupaba. ¡Y cuando pensaba que ésta estaría probablemente en alguno de aquellos vestuarios que veía enfrente... quizá se estaba vistiendo en aquel momento, allí, á algunos pasos de él, al otro lado de la calle de Montpensier, y tal vez la apretaba el corsé el imbécil de Teodoro!... ¡Tendría que ver que la primera persona que se encontrara al entrar en el teatro fuese ese mismo imbécil de Teodoro! Si esto llegara á suceder, allí, delante de todo el mundo, le diría: «¿Has medido, desgraciado, la profundidad del abismo?»... ¡Y ya verían, ya verían la cara que pondría entonces su hijo!

Entretanto M. Thomassiére deshojaba unas alcachofas en salsa, y miraba de vez en cuando las ventanas entornadas de los cuartos de las actrices, que en la obscuridad de la pared frontera destacaban ráfagas luminosas.

Se estaban vistiendo Un cuartito tapizado de tela clara de Persia llamó particularmente la atención del notario, porque estaba geométricamente situado enfrente de su rayo visual. Una joven, que debía ser muy linda á juzgar por su elegante talle, acababa de entrar en el cuarto, y en aquel momento se quitaba su sombrero de paja, adornado con un enorme pájaro, alargándosele á otra mujer ya de edad. M. Thomassiére, absorto, dejó en el plato las hojas de las alcachofas y se puso á mirar Los movimientos de aquella joven eran sumamente graciosos al comenzar á vestirse el traje del personaje que debía representar en la revista. Había ya dejado caer sus cabellos, que se esparcieron por sus hombros como un manantial de oro líquido Luego quitóse el cuello y los puños y comenzó á desabrocharse el corsé. A M. Thomassiére le pareció todo aquello imprevisto... pero encantador...

– ¿Ha acabado el señor?, dijo el camarero tomando el plato de las alcachofas. ¿Qué postres traigo?... ¡Ah! ¡El señor mira á los cuartos de enfrente! Cuando hay que ver eso es por la canícula. ¡Qué cosas vemos!... Son nuestros gajes.

M. Thomassiére no le prestaba atención, miraba á la actriz y como en una rápida visión percibió sólo un momento, ¡ah!, sólo un momento por desgracia, un vestido que caía á los pies de la joven, una camisa dejando desnudos los brazos y hombros... Pero la blancura de aquellos brazos, de aquel cuello, de aquellos hombros, estos esplendores de la desnudez apenas vistos, se desvanecieron porque á una señal de la joven la vieja camarera corrió precipitadamente las cortinas encarnadas de la ventana, que lo ocultaron todo al modo que el telón del teatro oculta un cuadro de apoteosis.

¡Ah! Todo había acabado en un instante Y M. Thomassiére, que había experimentado la sensación de un sueño inquietante, pero exquisito, hallóse en la realidad de una fonda y delante de un camarero que le preguntaba gravemente:

– ¿Chéster, Camembert, Pont-l'Eveque ó Roquefort?

– Cualquiera, me es igual.

Y siguió mirando á la ventana cubierta con las cortinas encarnadas, detrás de las que aún se imaginaba aquella estatua de blanca epidermis y de largos cabellos de oro apenas entrevistos.

¡Si fuera la señorita Gabriela... Gabrí!

Si era ella tenía unos hermosos cabellos la tal Gabrí. ¡Ah, Babilonia!

Fué preciso que el camarero le dijera: «El señor no va á ver comenzar la pieza, y las primeras escenas son muy graciosas, sobre todo la de la señorita Desvignes,» para que M. Thomassiére, algo hipnotizado por el resplandor que se filtraba por entre las cortinas encarnadas, se decidiera á levantarse de la mesa y bajar á la calle de Montpensier.

Había andado y visto tanto desde por la mañana, que no pensó en mirar el

cartel ni en tomar billete. Los despachos estaban ya cerrados y los revendedores le pedían veinte francos por una butaca. Parecióle algo caro; pero ¿qué hacer, puesto que habíase decidido ver á la señorita Vernier y oirla cantar el famoso rondó de *la Educación laica?*

¡Vaya por los veinte francos!

El notario comenzaba á pensar que Teodoro no era tan embustero cuando cada vez que le escribía pidiéndole dinero, le decía: «¡Si supieras lo que cuesta todo en París!»

– ¡Un abismo! ¡Cáspita! Y ciertamente no dan de balde las localidades de teatro en el tal abismo. Todo cuesta caro, muy caro; Teodoro tenía razón.

III

La revista de fin de año atraía á los aficionados de siempre, críticos, gomosos, *clubmen*, bolsistas, la crema de los círculos y la alta marea y contramarea de todo París. M. Thomassiére, con su agudo perfil y su levita de corte algo provincial, producía entre los fracs negros y corbatas blancas un bizarro contraste. Pero nadie reparaba en él ni él miraba á nadie, ocupado como estaba en examinar aquella pequeña sala, restaurada y dorada de nuevo, que le parecía aún más brillante que la del gran teatro de Burdeos.

Esperaba con impaciencia á que se levantara el telón, y cuando estando éste aún corrido se presentó en el proscenio un hombre grueso, sonriente y familiar, que dirigiéndose al público empezó á decir chistes y más chistes, el vecino de butaca del notario le tocó con el codo, diciéndole:

– Es Darthenay, aplaudidle.

M. Thomassiére notó, en efecto, que en torno suyo aplaudían mucho. Todos los que estaban cerca chocaban las palmas como un solo hombre. El aplaudió también. Darthenay, que hacía el papel de director del teatro, transformado en Compadre, anunció al público que M. Dumas y M. Gounod se habían comprometido á escribir la revista del Palais Royal, y que no habiendo cumplido su palabra, la Empresa habíase dirigido á los señores Pedro, Pablo y Santiago, escritores simbolistas y decadentes, cuyo celo, aunque se les pilló desprevenidos, se confirmaba de una manera sorprendente. Se rogaba, pues, al público que aceptara la prosa de estos bisoños en reemplazo de las escenas que esperaba de aquellos dos ilustres maestros veteranos. De aquí el título: *¡Quítate, que yo me ponga!*

Este anuncio, que M. Thomassiére no halló nada cómico, hizo prorrumpir en carcajadas á la sala, y una mujer extraña, de risa gutural que salía de una boca demasiado rasgada, lanzó desde un proscenio un sonoro *¡bravo!* Era, según parece, Mlle. Desvignes.

Parecióle al notario que aquellas gentes tan alegres tenían algo de iniciados, que se divertían fácilmente con chistes que él no comprendía bien.

– Debe ser muy gracioso, pensaba, puesto que tanto hace reir.

Empezóse la revista. Levantóse el telón. M. Thomassiére vió una plaza pública, como en una obra de Moliére, por donde desfilaban personajes singulares, absolutamente incomprensibles para el notario del Perigueux: mujeres vestidas con trajes absurdos que sepresentaban periódicos ó sellos de correo; una, cuando la preguntaban, contestaba: «Soy las aguas del Dhuys;» otra: «Soy la nueva Casa de Correos,» y cada respuesta excitaba la hilaridad. La señora del proscenio, Mlle. Desvignes, desapareció de la sala después de haber cantado inesperadamente un *couplet*, y su retirada fué celebrada con grandes carcajadas. M. Thomassiére se preguntaba si era él un solemne animal ó si los parisienses hablaban un lenguaje especial que no comprendía, mucho más cuando vió que todo el teatro prorrumpía en una carcajada cuando se presentó en escena un señor con frac negro, corbata blanca y un sombrero de muelles debajo del brazo, que contestó á otro que le preguntaba quién era: «Yo, caballero, soy el Queso.»

Y el caballero del frac negro hacía un gesto que equivalía á decir: «¿No lo ve usted?»

El notario comenzó á dudar de su sentido común, mientras que aquel señor tan correcto, que precisamente parecía al subprefecto de Bergerac, canturriaba sentimentalmente la siguiente quisicosa:

No me parece un exceso
Decir que el amor más fino
Nada fuera, sin el vino
Ayudado por el queso.

M. Thomassiére, cada vez más admirado, oyó á uno de sus vecinos decir en voz alta:

– ¡Es para morirse de risa!

Y luego repuso, dirigiéndose al notario con un tono casi encolerizado:

– ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo no os desternilláis de risa?

Debía ser pariente del autor ó del actor que se parecía al subprefecto.

Por lo demás, todas estas cosas no eran sino bagatelas para M. Thomassiére. Lo que esperaba, lo que le interesaba, era la presentación de la señorita Vernier: acechaba la salida de *la Educación laica* con la misma impaciencia que cuando cazaba en Saint-Alvere el vuelo de una bandada de perdices. Gabriela Vernier no debía tardar en salir á escena. En efecto, un *crescendo* de la orquesta anunció de repente el principio de *la Educación laica.*

Una joven alta, rubia, vestida con traje negro, llevando el birrete de profesor de medio lado sobre su dorada crencha, guantes negros que la subían hasta el codo y que hacían resaltar la blancura de la epidermis, á la que el reflejo de las luces de gas daba tintas nacaradas; alegre, bien plantada, el talle largo, esbelto, espléndido; posando los pies en las tablas con aplomo triunfal, con aire picaresco, fino, risueño en los labios, dientes y ojos, rebosando salud y alegría, vino á situarse en actitud soberbia y con la dichosa insolencia de la juventud frente á la concha del apuntador.

M. Thomassiére quedóse como desvanecido.

Aquel traje negro como la tinta, contrastando con aquella carne tan blanca, daban á la hermosa joven un aspecto singularmente atractivo y apetitoso, de suerte que cuando cantó, con voz no muy afinada, pero clara y alegre, una copla chispeante alusiva á la educación laica, todo el mundo aplaudió, y M. Thomassiére con más entusiasmo que nadie, tanto, que su vecino de butaca le dió un segundo codazo, y con el acento de *satisfecit* con que se hubiera dirigido á un colegial, le dijo:

– ¡Gracias á Dios que da usted señales de vida! ¡Ya era tiempo!

Este «ya era tiempo» hizo caer al notario en que había aplaudido. Sí, sí, él, Thomassiére, que había venido expresamente del Perigueux para arrancar á Teodoro de las redes de Gabrí, aplaudía á Gabrí, maquinalmente, instintivamente, sin darse cuenta de la enormidad de su imprudencia. ¡Aplaudir á la tal Gabrí! Seguramente había perdido la cabeza. ¿Estaba loco? No; ¡pero era tan bonita, tan bonita! Además todos sus vecinos estaban tan entusiasmados, que influyeron en el notario: cuestión de magnetismo.

Pero verdaderamente M. Thomassiére sólo sufría la influencia de la joven que se exhibía en el tablado en todo el esplendor de su belleza, y experimentaba al verla una sensación complexa, mezcla de cólera contra Teodoro por su falta y mezcla de circunstancias atenuantes, y tan pronto se sentía inclinado á perdonarle su debilidad por tan linda criatura, como experimentaba hacia el muchacho una especie de envidia sorda é inconsciente, y entretanto Thomassiére aplaudía á Gabrí violentamente hasta romperse las manos, y habiendo *la Educación laica* dicho un chiste, el pobre notario, á quien el chiste importaba mucho menos que la graciosa sonrisa de la que lo decía, púsose á aplaudir tan fuerte que un caballero que estaba dos filas más adelante volvióse encolerizado, gritando muy alto:

«¡Fuera la *claque!*»

¿La *claque?* ¡Oh! Se veía que no le gustaba á aquel caballero la señorita Gabrí... ¡Qué falta de sentido común! Quizá protegía á alguna émula de la señorita Vernier aquel impertinente que interrumpía para decir: «¡Fuera la *claque!*»

Pero la sorpresa de M. Thomassiére fué todavía mayor cuando su vecino, el que antes le había tocado con el codo, le dijo al oído en tono contrariado:

– No seáis imprudente, vais á *enterrar* la obra.

El pobre Thomassiére ignoraba que se hallaba rodeado de *alabarderos*, y exclamó:

– ¿Qué es eso de *enterrar?*

– ¡Vaya! No sea usted idiota; espere á que yo marque el aplauso.

El notario sintió subirse la sangre á la cabeza. ¡Hacía el *idiota!* ¡Le habían llamado *idiota!* Durante un momento tuvo intención de levantarse y abofetear á aquel insolente en pleno teatro, pero se contuvo. Parecióle que *la Educación laica* le miraba con expresión de clemencia, como si le suplicara que se tranquilizase, y no se equivocaba tal vez al suponer que aquélla le decía por encima de las candilejas:

«Me habéis comprendido y yo á vos. Tened calma; esos dos hombres son un par de patanes.»

El acto terminaba con un *couplet*, acompañado de un paso de baile que la señorita Vernier indudablemente había aprendido en el otro lado del Sena en algún conservatorio coreográfico del barrio latino. Los vecinos del notario no aplaudían, casi aullaban, para pedir que se levantara el telón, ya corrido; y cuando se levantó, Thomassiére vió, como en una especie de apoteosis, entre los trajes pintorescos de las figurantas y las masas de comparsas y el frac negro del *Queso* y las faldas cortas de las mujeres que representaban la luz eléctrica ó el teléfono ó el adoquinado, la carne blanca orlada de negro de aquella figura de Rubens viviente que personificaba á *la Educación laica*, admirándola y devorándola con los ojos.

Luego todo desapareció otra vez: telón corrido, visión desvanecida; pero en el último saludo con que Gabrí se despidió del público, parecióle al notario que le había hecho una seña especial. Levantóse de la butaca calenturiento, y cuando iba á marcharse, su vecino, el hombre de los codazos, le detuvo diciéndole brutalmente:

– ¡Cuidadito con meter la pata en la tercera pieza!

Esta vez Thomassiére sintió comezón de agarrotarle con los dedos, con aquellos dedos que en otro tiempo nunca soltaban la presa, y que lo mismo empuñaban la escopeta para cazar que el florete para batirse con cualquier oficialillo.

Asió por los botones de la levita á su desagradable vecino, que quedóse admirado, y le preguntó:

– ¿Quiere usted explicarme por qué se mezcla en mis acciones?

El vecino, cada vez más sorprendido, contestó:

– ¿Cómo por qué me mezclo? Me mezclo en lo que me importa. ¿Cuándo se ha visto que un *alabardero* aplauda antes de indicárselo el jefe de la *claque?*

– ¿Un *alabardero?* ¿El jefe de la *claque?*

M. Thomassiére cayó de su burro, como suele decirse.

– Es usted capaz de enterrar la mejor obra, y ciertamente no está usted aquí para *forzar* aplausos, repuso el *jefe.*

– De modo, balbució el notario humillado, ¿que no estoy aquí como espectador sino como *alabardero?*

– ¡Miren el inocente!

– Sin embargo, he pagado veinte francos por...

El contratista de éxitos le interrumpió encogiéndose de hombros y diciendo:

– ¿Y qué son veinte francos para una primera representación cuando se han vendido localidades en más de cien, amiguito mío?

– ¡Amiguito mío!

M. Thomassiére, petrificado, experimentaba el amargo sentimiento de una vaga degradación: ¡había aplaudido como *alabardero*, había pagado veinte francos para ser llamado *idiota* y *amiguito* por un *jefe* de *claque!* Sentía la absoluta necesidad de respirar el aire libre á la luz de las estrellas.

Al salir quiso pedir más explicaciones á su vecino; pero el *jefe* de *alabarderos*, su *jefe*, le dijo por lo bajo:

– Cállese usted; esto es escandaloso; se oye en todo el teatro y es de mal efecto.

No había más que obedecer, callarse, evitar el escándalo. Pero por nada en el mundo volvería el notario á ocupar su asiento, no volvería á exponerse á que le gritaran «fuera la *claque*,» ni á que le llamase *amiguito* aquel hombre, su *jefe*, á él, á uno de los decanos de la curia perigordina.

Y refunfuñando M. Thomassiére bajó la escalera, y abriendo la puerta vidriera hallóse en la calle de Montpensier desesperado de su aventura.

No, no volvería á su asiento. ¡Qué París! ¡Pagar veinte francos para ser insultado por un cualquiera! No, no volvería á entrar en el teatro... Y no obstante, ¡tenía tantos deseos de volver á ver á la señorita Vernier! Sentía sed de hablarla; acababa de inventar para ella como para Teodoro el exordio de un discurso. «Ciertamente sois linda, muy linda, admirablemente linda, señorita, y la belleza tiene derechos indiscutibles como el talento, pero esto no es una razón... una razón...» Lo demás se le ocurriría naturalmente al verla.

Y Thomassiére paseaba lentamente por la acera en donde algunos jóvenes fumaban mirando involuntariamente hacia las ventanas de los cuartos de las actrices, uno de los que pertenecía á Gabrí, que estaría vistiéndose...

Thomassiére sentía bullir en su cerebro una idea y recordaba la visión rápida que dos horas antes había percibido desde la fonda... ¡Ah! ¡Si se atreviera!...

Y por qué no. Ella debía conocerle, puesto que conocía á Teodoro, y no tenía más que nombrarse para ser recibido. Se presentaría á ella como el espectro del deber. «Ciertamente sois muy linda, admirablemente linda, señorita, pero...»

Y ya la veía ponerse encarnada, palidecer, temblar.

¡Y que no estaría poco hermosa é interesante temblando!

Al pasar frente á la puerta del escenario oyó á dos jóvenes que saboreaban sus cigarros decirse uno al otro:

– He hecho pasar mi tarjeta por el portero.

– ¿Y ha consentido en llevarla?

– ¡Vaya! Es muy complaciente.

Supuesto que el portero era tan complaciente, ¿por qué no valerse de este medio? Thomassiére llevaba tarjetas: *G. Thomassiére, antiguo notario.* Enviaría una con el portero á la señorita Vernier, y el nombre solo le diría bastante.

¡Thomassiére! ¡Pues no osaba aquella cómica soñar con llevar este nombre de Thomassiére!

¡La señora de Thomassiére! ¡Ah, eso nunca! ¡No y mil veces no! El ser linda, muy linda, no es una razón para ello.

Maquinalmente el notario había subido la estrecha escalera del teatro con su tarjeta en la mano. Llegó á la casilla del portero, menos complaciente de lo que aquellos jóvenes habían dicho, puesto que le preguntó con voz bronca de fonógrafo, repitiendo la frase de cajón: «¿Dónde va usted, caballero?»

– No voy, vengo á pedir á usted que me haga el favor de pasar esta tarjeta á...



La Educación laica

Y tomando un aspecto que quería ser malicioso, repuso:

– A la actriz que representa el papel de *la Educación laica.*

– ¡Ah!, dijo el conserje con cierta socarronería. Si quiere dejarla aquí...

Mas como entretanto mirase la tarjeta que Thomassiére le había dado y leyese en ella: «*G. Thomassiére, antiguo notario,*» este título le tranquilizó. *Antiguo notario*... Esto era casi una garantía de moralidad. Quizá la actriz tenía algún negocio con aquel caballero de aspecto grave.

– Voy á pasar la tarjeta, dijo el portero, espéreme usted aquí. Está prohibido subir á toda persona que no sea del teatro.

M. Thomassiére experimentaba un profundo asombro, unido á gran curiosidad, al verse en aquel sitio. El cuarto del portero parecióle muy feo con su papel manchado, sus vidrios rotos y sus detestables cuadros colgados de la pared, y sin embargo, este ignorado rincón del teatro, esta puerta entreabierta á los misterios de los coliseos excitaba los nervios del notario, le preocupaba, le hipnotizaba. ¡Un teatro! ¡Y un notario de Saint-Alvere sentado en la casilla de un portero de teatro!... Y aquella escalera conducía como los tramos de algún infierno á los cuartos de las actrices, en donde se quitaban sus vestidos y desanudaban sus cabellos!

El viejo Thomassiére sentía una emoción extraña, la sangre afluía á sus oídos. De pronto tuvo deseos de marcharse, dejando á la Vernier, el teatro y á los cómicos... Sí, quería marcharse, huir más bien. No sabía qué hacer, si subir al cuarto de Mlle. Gabrí, ó...

La vuelta del portero puso fin á sus dudas.

Este suplicó á M. Thomassiére que esperase: la tercera pieza iba á terminar, y el notario recibiría en seguida respuesta verbal á su tarjeta.

– Está bien, dijo. ¡Muchas gracias! Aguardaré al final.

La idea de ver de cerca á la hermosa joven le daba valor. ¡Oh! No le escatimaría la verdad, le diría sin ambages: «Ciertamente sois linda, muy linda, señorita; mas... mas... mas...» y de aquel endemoniado *mas* no pasaba; no hallaba modo de unirlo á una frase que fuese á la vez cortés y enérgica.

– *Mas* esto no es una razón para sacar de sus casillas á mi hijo.

– *Mas* esto no es una razón para llegar á ser Mme. Thomassiére.

– *Mas*...

¡Bah! Ya encontraría la conclusión de este *mas* cuando se viera cara á cara con la sirena.

Sí, *sirena* era la verdadera palabra. La llamaría claro y alto: ¡Sirena! *Siren sirenis.* Y mientras á tales reflexiones estaba entregado, el portero le suplicó políticamente que hiciera el favor de bajar; pues la dirección no permitía que las personas que no eran del teatro permanecieran en la portería.

– Muy bien, esperaré abajo. Muchas gracias, dijo Thomassiére.

Ya en la calle, púsose á pasear procurando serenarse. Seguramente mademoiselle Gabrí no tardaría en bajar, trayendo ella misma la contestación á la tarjeta; y mientras se paseaba, el notario miraba la puerta del escenario y aquella pared blanca cortada á intervalos por ventanitas cuadradas, salientes, como una construcción morisca sostenida por arcos de bóveda. El buen notario saboreaba de antemano la presencia de Mlle. Vernier bajando los escalones algo usados por los pasos de tantos piececitos rápidos, fugitivos, y sentía extraña turbación y como sorpresa al verse mezclado á la vida de París, frente á aquel teatro y paseando por aquella acera á la hora en que según costumbre dormía tranquilamente en Saint-Alvere, y parecíale como un sueño la vista de la puerta del escenario, los cocheros en la penumbra, los carruajes en fila, las fondas abiertas que despedían calientes emanaciones culinarias, el ruido de una orquesta estrepitosa que provenía de un baile de boda, cuyas parejas distinguía á través de las cortinas de unas ventanas.

Asaltábanle ideas extravagantes, vértigos que cruzaban por su imaginación y zumbido de oídos, que era quizá el rumor del aleteo de las mariposas azules de sus veinte años.

IV

Al volverse de repente hacia la puerta del escenario, M. Thomassiére tuvo la sorpresa de casi tropezarse con una elegante persona que salía del teatro, envuelta en un abrigo forrado de piel de zorra azul. Alta, con el cabello rubio que se descubría á traves de su velo negro echado, llevaba en la mano, sin guante, una carterita de cuero azulado, fileteada de tafilete, á la que asomaba una tarjeta, como se asoma la carta forzada en la baraja del prestidigitador.

M. Thomasiére reconoció su tarjeta, á la que la señorita Vernier venía á contestar personalmente. Iba, por fin, á poder juzgarla en su parte moral.

Moviendo la cabeza á derecha é izquierda, como si buscara á alguien, Gabrí detuvo su mirada en el antiguo notario, envolviéndole en una ojeada rápida como la de los comisarios tasadores que con una simple mirada conocen el peso de un objeto cualquiera, y luego se adelantó hacia él con una expresión que parecía decir:

– ¿Es usted quien me ha enviado esto?

El notario aproximóse á ella muy conmovido, y quitándose el sombrero maquinalmente, balbució:

– Señorita, tengo el honor...

– Cúbrase usted, dijo la linda joven, señor... señor Thomassiére; G. Thomassiére, ¿no es así?

– Sí, Thomassiére, Thomassiére padre... Gastón Thomassiére.

– No tengo el gusto...

– Es cierto, interrumpió el notario, certísimo; pero he venido expresamente á París para hablar á usted de Teodoro.

Parecióle que la señorita Vernier hacía un movimiento de cabeza como si quisiera recordar de qué Teodoro querían hablarla. ¡En esto son tan fuertes las parisienses!

– En fin, señorita, dijo el notario en tono firme, quisiera que me concediera usted un momento de conversación. Usted comprenderá que esto es grave.

La joven se echó á reir, diciendo:

– ¿Que le conceda un momento de conversación? ¿Que esto es grave? ¿Sabe usted, caballero, que es usted muy gracioso? ¿Pero habla usted con formalidad?

– Con toda formalidad, contestó el notario, ahuecando la voz y con aspecto serio.

Gabrí le miró con atención, titubeando y preguntándose evidentemente de dónde salía aquel original, y luego sonriendo alegremente, dijo:

– ¡Bah! ¡Siempre lo mismo! Suerte tiene usted, caballero, de que mi marido continúe en sus posesiones... ¡Maldito vicio de la caza! Si quiere usted ofrecerme un alón de perdiz, porque me muero de hambre, se lo agradeceré y hablaremos.

M. Thomassiére no se daba cuenta de aquel conocimiento tan rápidamente hecho. Poco ha la linda joven celebraba cantando las excelencias de la educación laica, y ahora se encontraba mano á mano con él en una calle de París, y él la conducía del brazo hacia la parada de coches, cuyos faroles relucían como una fila de gusanos de luz. Sí, la llevaba del brazo y la ayudó á subir á la berlina, quedándose él en la acera hasta que ella le preguntó: «¿Supongo que iremos al café inglés?»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL LABORATORIO DE BIOLOGÍA VEGETAL DE FONTAINEBLEAU

El Laboratorio de biología vegetal de Fontainebleau es un anexo del Laboratorio de botánica de la facultad de Ciencias de París, dirigido por M. Gastón Bonnier y su creación, que data de 1888, se debe á la iniciativa de M. Liard, director de enseñanza superior que tanto se ha preocupado siempre de cuanto puede contribuir al fomento de la ciencia en Francia



Fig. 1. Fachada lateral del Laboratorio de biología vegetal de Fontainebleau (De una fotografía.)

El Laboratorio ha sido construído según los planos de M. Nenot, arquitecto de la nueva Sorbona, á unos 300 metros de la estación del ferrocarril, junto al bosque que lo limita por el Oeste y por el Sur: tal como es actualmente (fig. 1) corresponde tan sólo á la mitad del edificio proyectado; su otra mitad se construirá cuando lo permita la consignación de nuevos créditos. Por de pronto en la sala de investigaciones (S fig 2) pueden tener ocupación veinticuatro trabajadores En su interior y hacia la mitad de su altura hay suspendidas á los lados dos anchas galerías en las cuales trabajan las personas especialmente dedicadas á las observaciones microscópicas ó al estudio de los vegetales inferiores; la parte inferior está destinada preferentemente á las investigaciones fisiológicas, que necesitan mayor espacio á causa del empleo de aparatos. Los instrumentos indispensables para los estudios de química vegetal están instalados ya en esta sala, al lado de la cual hay el gabinete del director y la biblioteca, iluminadas como aquélla por gran número de luces de gas. El ala anterior del edificio está ocupada por el jefe de cultivos M. C. Duval; una parte del piso superior comprende las habitaciones de los trabajadores.

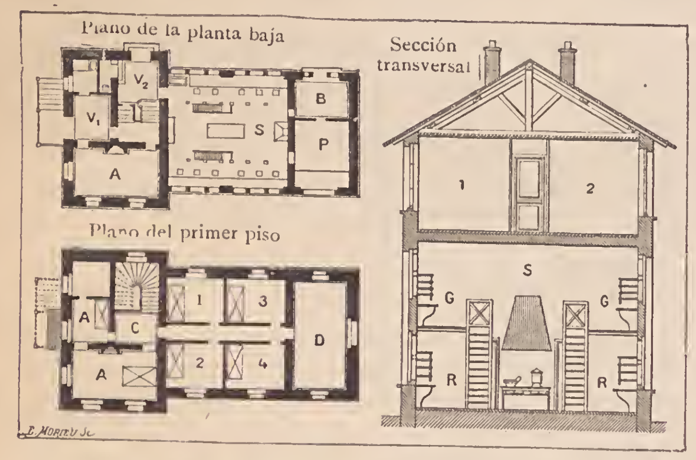


Fig. 2. Plano y sección del establecimiento. – V_1 y V_2, vestíbulos; S, sala de investigaciones; P, laboratorio del profesor; B, biblioteca; A, A, A, habitación del jefe de cultivos; C, escalera; 1, 2, 3, 4, D, habitaciones para los trabajadores.

En la prolongación del edificio, en el centro de los campos de cultivo que lo rodean, se ha construído un invernadero para los experimentos que deben realizarse en condiciones especiales de temperatura; este departamento se divide en estufa y en invernadero templado y en él puede instalarse una renovación continua de agua.

La apertura del Laboratorio de Fontainebleau señala el primer paso dado por la botánica en la vía por donde hace años marcha con creciente éxito la zoología Cada día aumenta el convencimiento de que en muchos casos el estudio anatómico ó fisiológico de los seres vivientes ha de hacerse en el lugar mismo y en las mismas condiciones en que tales seres se desarrollan, pues de esta suerte los experimentos pueden verificarse en individuos más numerosos y más sanos y es posible observar las funciones de los seres que viven en el medio que les es natural y propio. Por estas razones la facultad de Ciencias de París se ha anexionado las estaciones zoológicas marítimas de Banyuls, de Roscoff, de Wimereux y del Havre, y el ejemplo ha parecido bueno, puesto que inmediatamente ha sido imitado por las facultades de provincias, existiendo hoy gracias á ello estaciones zoológicas en todas partes.

Pero hasta hace poco, en Francia por lo menos, sólo la zoología disfrutó del privilegio de laboratorios de este género; y sin embargo, la necesidad universalmente reconocida de ir á establecer, fuera del centro de las facultades, estaciones especiales para el estudio anatómico y fisiológico de una parte del reino animal, déjase sentir, á nuestro modo de ver, con tanta ó mayor intensidad en la botánica. Muchos son los animales que pueden vivir cómodamente entre las cuatro paredes de un corral de laboratorio y proporcionar por este solo medio á la fisiología animal multitud de temas de investigaciones; en las investigaciones de la fisiología vegetal, por el contrario, todas las plantas requieren ser estudiadas en el sitio mismo en que se han desarrollado, porque forman parte del medio en que han nacido. El primer efecto que el transporte produce en los vegetales es un estado enfermizo que quita mucha exactitud á los resultados obtenidos, y no hay que pensar en el cultivo de las plantas en los mismos laboratorios de las facultades, porque éstos, admirablemente dispuestos para el estudio de los fenómenos de debilitamiento, carecen, en cambio, de espacio, de aire y de luz; en ellos se juntan todas las condiciones á propósito para que las plantas que allí deban desarrollarse resulten raquíticas

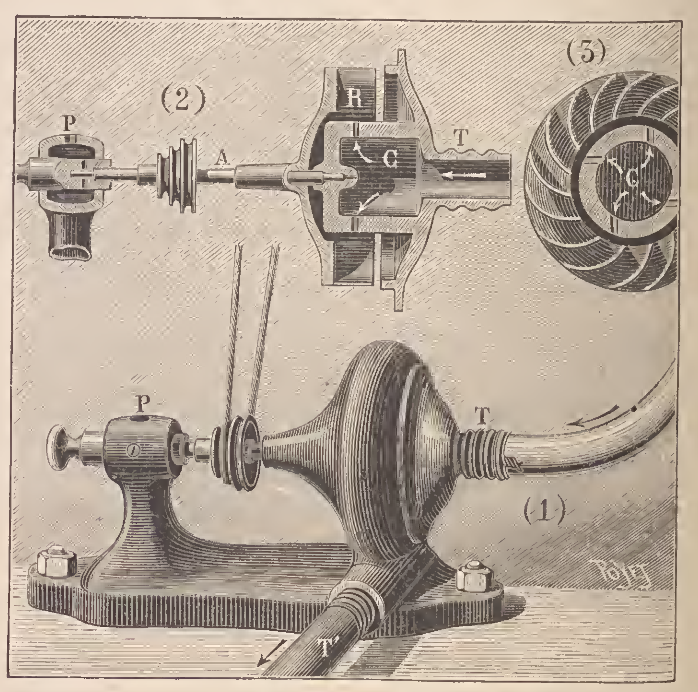
La dificultad aumenta cuando se trata de emprender sobre los árboles y arbustos experimentos que permitirían resolver una porción de cuestiones apenas abordadas ó aún no resueltas: ¿dónde procurarse ó conservar siquiera simples arbustos? Cierto que existen jardines botánicos, pero sus directores no se mostrarán propicios á sacrificar, en aras de experimentos de incierto resultado, los pocos ejemplares que de cada especie poseen; además estos jardines no se han hecho para campos de experimentación, sino para ayudar los estudios de clasificación de la botánica.

Para las investigaciones fisiológicas necesítase ante todo una vegetación espontánea que ofrezca plantas y árboles en todos los estados de su desarrollo, permitiendo al fisiólogo no sólo estudiar ejemplares sanos, sino también comprobar por la repetición de experimentos la exactitud de sus resultados. Esta necesidad la satisface cumplidamente el Laboratorio de Fontainebleau, al frente del cual hay un director, un subdirector, un preparador y un jefe de cultivos Para trabajar en este laboratorio no se paga nada; basta solicitar del director la inscripción. Todas las habitaciones de los trabajadores están ocupadas, inclusa en invierno, y en verano los que no encuentran alojamiento en el laboratorio albérganse en los vecinos hoteles.

Los trabajos experimentales practicados en el Laboratorio se han publicado en los *Anales de Ciencias Naturales* y en la *Revista general de Botánica.*

TURBINA DE PEQUEÑA POTENCIA

Los laboratorios y talleres de aficionados necesitan á menudo una fuerza mecánica siempre disponible para producir el vacío ó la compresión de aire á fin de poner en movimiento pequeños útiles, como sierras, taladros, pulidores, etc. En tanto que se generaliza la distribución de la energía eléctrica, que es el medio más seguro de llenar esta necesidad, se ha buscado la satisfacción de ésta en la utilización del agua con presión, hoy en día distribuída á domicilio en casi todas las ciudades. La solución que en este género se lleva indiscutiblemente la palma es un pequeño motor hidráulico conocido en América con el nombre de *Chicago top*. Consta este aparato esencialmente de una pequeña rueda con aletas de eje horizontal R cuyo diámetro no excede de 8 centímetros: el agua llega á estas paletas por una serie de tubos añadidos puestos en una campana de distribución colocada en el interior de la rueda, y es conducida al centro de esta campana por un tubo de caucho de unos dos centímetros de diámetro fijado en T, escapándose por el tubo T' después de haber accionado sobre las aletas. La rueda y la campana son de bronce y el eje de acero. Este árbol descansa por un lado en un soporte de estribo P y por otro en un soporte practicado en un bastidor de fundición, cubierto de un caparazón que protege la rueda y recoge el agua que de ella se escapa La rueda motriz está montada en el extremo del árbol: una polea de tres ranuras recibe la pequeña cuerda que sirve para transmitir el movimiento de rotación del árbol á los aparatos que hayan de funcionar. La *Chicago top* se construye de dos modelos: el pequeño, de 25 centímetros de largo y tres y medio kilogramos de peso, tiene una potencia de dos kilográmetros por segundo con una caída de 25 metros que corresponde de 2'5 atmósferas por centímetro cuadrado; el gran modelo, cuyo peso es de siete kilogramos, tiene una potencia de cuatro kilográmetros por segundo. Con estas potencias máximas la velocidad angular de la turbina es de 4.000 vueltas por minuto, de suerte que en general, hay que buscar una presión intermediaria entre el útil que se ha de mover y el motor á fin de reducir esta velocidad á proporciones convenientes.



La *Chicago top*, turbina hidráulica de pequeña potencia. – 1, la turbina vista en conjunto. – 2, sección longitudinal – 3, sección transversal en la que se ven las aletas, la campana de distribución y los ajustes.

La *Chicago top* es notable por lo bien construídas que están las piezas y especialmente la rueda de aletas, perfectamente equilibrada para evitar las trepidaciones que de otro modo no dejarían de producirse dada su enorme velocidad angular Además, las piezas, que son en muy pequeño número, tienen la ventaja de ser idénticas y sustituíbles, lo que suprime los inconvenientes de una reparación.

Numerosas aplicaciones de este motor hay instaladas ya en grandes laboratorios de química de París para mover sopletes trompas, agitadores y para otra porción de operaciones que exigen una potencia mecánica pequeña, pero suministrada con regularidad durante algunas horas sin necesidad de conservarla ni vigilarla.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION POR AUTORES Ó EDITORES

GUÍA DE BUFETE, *por E. Oliver*. – Tal resulta y de suma utilidad, ya que contiene en un pequeño volumen un diccionario de barbarismos y solecismos, tabla de voces castellanas no insertas en el Diccionario de la Lengua, y varias reglas para el uso de preposiciones, de acentuación y para la corrección de pruebas de imprenta, resultando una obrita de general interés, digna de ser consultada. Véndese en las librerías de Alberto Colom, calle de San Pablo, 52 y 54, y en la de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona, al precio de 2'50 pesetas.

***

APUNTES DE UNA VIDA (Novela corta), *por Máximo Soto-Hall*. – *Novela corta* titula el Sr. Soto á sus *Apuntes de una vida*, pero aun con serlo recomiéndase por la elegancia del lenguaje y por el interés que su lectura despierta, ya que está escrita con facilidad y descritas las situaciones sin el menor esfuerzo.

Cuanto á las condiciones tipográficas del libro, bastará consignar que la tipografía guatelmalteca titulada «La Unión» honra también á aquella República.

***

TRATADO PRÁCTICO DE LAS ENFERMEDADES DEL PERRO, *por Mariano Gusí y Lerroux*. – Es altamente recomendable el libro del distinguido veterinario Sr. Gusí, pues en un volumen de 312 páginas contiene una suma de observaciones que revelan un profundo estudio de la raza canina, seguidas de un verdadero tratado de patología de sumo interés para los cazadores y para todos aquellos que deben utilizar los servicios del perro, llamado con mucha justicia el compañero inseparable del hombre. Véndese en casa del autor, calle del Cardenal Cisneros, 44, Madrid, y en las principales librerías al precio de 4 pesetas.

Se remite á provincias franco de porte sin certificar, y certificado por 5 pesetas, mandando su valor en libranza de Giro mutuo ó letra de fácil cobro.

***

ANGELA. AMORES EN LA HABANA, *novela por Félix Puig y Cárdenas*. – La nueva producción del novelador cubano Sr. Puig, primer episodio de los tres que constituirán la obra, tiene singular interés, ya que aparte de las condiciones literarias, reune la de constituir una verdadera narración histórica de aquella preciada Antilla desde 1836 á 1886, de manera que pueden apreciarse los adelantos y cambios que ha experimentado aquel pueblo en el período de cincuenta años.

***

VIAJE POR ITALIA, *por D. A. Fernández Merino*. – Conocida la competencia que en materias literarias y artísticas tiene justamente reconocida el autor y dados los atractivos y belleza de un asunto como el viaje desde Bérgamo á Verona, fácil será estimar la valía de este libro, lleno de hermosas descripciones y de juicios ilustrados y atinadísimos, que tienen, además, la ventaja de ser manifestación de impresiones sentidas por un corazón de poeta y de artista en presencia de hermosas joyas del arte italiano.

El libro, editado en Siena (Italia), forma un elegante tomo de 368 páginas con preciosas ilustraciones.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por D. A. y P. Gascón de Gotor*. – Los cuadernos 34 á 37 últimamente repartidos contienen, además del excelente texto, ocho láminas que reproducen: un capitel bizantino, varias monedas árabes de Zaragoza, la torre nueva inclinada, un facsímile de una página de un códice árabe, una vista de la vega de Zaragoza, cinco capiteles árabes del palacio de la Aljafería, un arco árabe de la Aljafería y un torreón del palacio de la Azuda.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en Zaragoza en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, y en Barcelona en la librería de don Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



LA NIÑA DE LA SILLA, escultura de D. Venancio Vallmitjana. (De fotografía directa de D. Juan Martí.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN